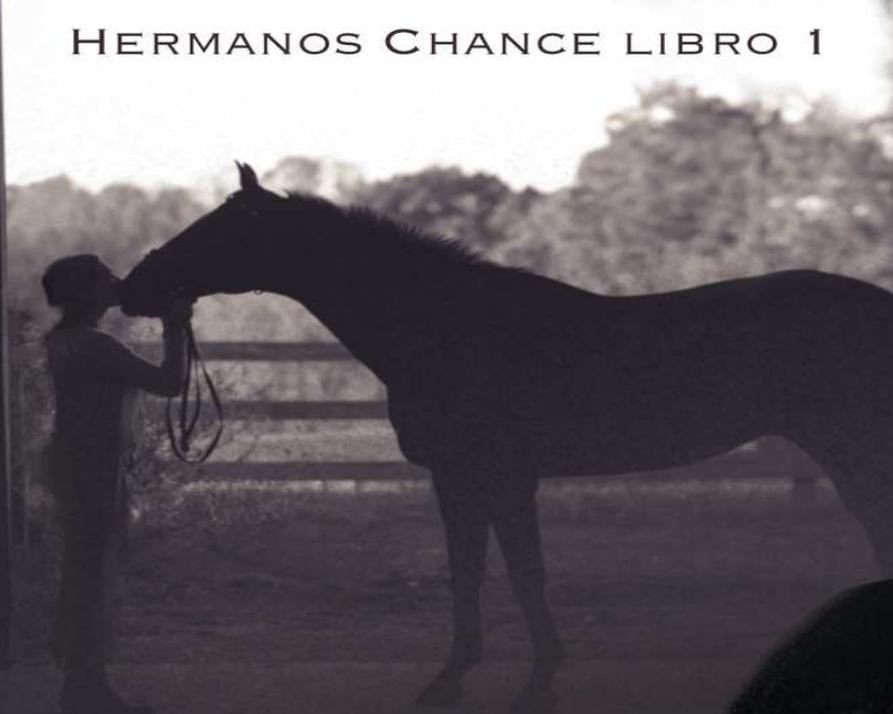


HERMANOS CHANCE LIBRO 1



Forjado a fuego

lara kinsey

Forjado a fuego
Hermanos Chance Libro 1

Lara Kinsey

Una novela romántica histórica

Derechos de autor © 2020 Lara Kinsey

Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

ISBN-13: 978-2-9571472-2-9

Título: Forjado a fuego

Título original: «Hammer & Tongs: Chances Limited Book 1»

Copyright © 2020 Lara Kinsey

Diseño de portada: Lara Kinsey

larkinsey.com

Fotografías de portada: Kenny Webster/Unsplash.com (mujer con caballo); Sebastiaan Stam/Unsplash.com (hombre con sombrero)

Traducción: Copyright © 2020 Laura Bailo de Salvatierra Translations

Impreso en los Estados Unidos de América

Para mi protagonista, siempre.

Contenido

[Página del título](#)
[Derechos de autor](#)
[Dedicatoria](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Epílogo](#)
[Libros de este autor](#)

Capítulo 1

Primavera de 1915

Brighid Bell se sentía como un pez fuera del agua. Era mejor ladrona que dama, pero no tenía un gran talento para ninguna de las dos cosas. Su lugar estaba en los establos, no en las gradas.

Brighid miró a las otras mujeres en el hipódromo con desagrado. No hacia ellas, ellas eran agradables, sonriendo y riendo. No tenía ningún problema con ellas, pero nunca podría ocupar su lugar. Sus manos delicadas cubiertas por guantes descansaban en el hueco de unos codos masculinos. No, lo que le desagradaba eran esos hombres engreídos de manos suaves y miradas crueles. No quería que le controlaran, no quería acostarse y pensar en Inglaterra. Que le dieran a Inglaterra. Levantó la vista cuando un jockey pasó por delante, rápido como una flecha sobre su caballo, y allí es donde quería estar. Arriba. Había estado abajo y no volvería nunca.

Su estómago rugió de forma audible. Había pasado un día desde la última vez que probó bocado y ahora por fin tenía la oportunidad de poner las manos sobre algo de comida. Bajó las escaleras apresurada. Teniendo en cuenta el número de baratijas robadas que había metido entre sus faldas, era mejor que se fuera antes de que las carreras terminaran. Escuchó una respiración de asombro colectiva y, por un momento, pensó que le habían descubierto. Pero no. Se escuchó un chasquido que Brighid pudo sentir en los huesos.

Había oído a caballos gritar antes. Los cascos pasaban en estampida dejando atrás al caballo herido y a su jinete desplomado como un bulto inmóvil. El mayor peligro era que la gran bestia le

cayese encima. No era tan pequeño ni de huesos tan finos como los jockeys habituales, pero una tonelada de animal nervioso le haría daño a cualquiera. Brigid salió corriendo a la pista, esquivando caballos y jinetes. Ya estaba moviéndose, tranquilizando a la asustada yegua antes de examinar su pata. Los calcetines blancos de la yegua alazana estaban manchados de sangre y suciedad. No se había roto la pata, gracias a Dios, pero se había doblado un tendón. La yegua necesitaría ser estabulada y tratada con hielo, sí, y quizás algo de láudano en la comida no le iría mal, pero esta yegua volvería a ser montada, aunque no fuese en las carreras. Sintió una pequeña llaga bajo la montura. No era de extrañar que el animal hubiera gritado. Esa herida tenía que ser terriblemente dolorosa.

Levantó la vista, pero nadie estaba atendiendo al jockey todavía, aunque una multitud de hombres con abrigos estaba corriendo hacia la pista. Su ropa de montar de seda de color azul como el hielo estaba desgarrada y hecha jirones, pero no podía ver ninguna costilla asomando debajo. Pasó las manos por sus lados y le encontró aparentemente entero. Le dio la vuelta con cuidado hasta que estuvo boca arriba y cuando la miró entre parpadeos, ella le puso una mano tranquilizadora en la frente. Sus ojos azules y labios gruesos la dejaron ensimismada. Él centró la atención brevemente en su rostro y se agarró a sus faldas de un modo suplicante. Podía prestar atención, eso era bueno.

—Shh —murmuró Brigid, posando un beso impulsivo sobre sus labios.

Él volvió a tumbarse con un suspiro y cerró los ojos. Sus pestañas oscuras se movieron sobre sus mejillas como si ya estuviera soñando. Palpó sus piernas y sus brazos al completo, presumiblemente buscando lesiones, pero no pudo evitar notar la firmeza de sus gemelos y su pecho bien definido. Quería pasar más tiempo acariciando los tensos músculos.

—¡Está bien! —gritó a los hombres que corrían hacia ellos. Pasó los dedos por los rizos negros que se posaban sin fuerza sobre la frente húmeda. De repente, se encontró rodeada de cuerpos vociferantes—. Manténgalo despierto —le dijo a la mujer mayor que había aparecido con un decantador de brandy lleno.

Después, sintiéndose culpable, le robó la cadena de oro y se perdió entre la multitud.



Isaiah Chance se despertó en una habitación oscura, con un paño húmedo sobre los ojos y la quemadura del whisky en los labios agrietados. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Recordaba unos rizos dorados y unos labios llenos y rosas descendiendo sobre su boca con dolorosa suavidad. Tenía una sensación de paz profunda, como si un ángel le hubiera visitado, pero el dolor en la sien le decía otra cosa.

Su cadena no estaba. *Nada de un ángel, entonces.* La pícara debía habérsela robado.

Mags entró ajetreadamente.

—No dejaré que participes más en las carreras, Isaiah. Un hombre como tú no debería tentar a la suerte.

—Voy a comprar oficinas —murmuró. Hubiera sido un gruñido si hubiese algo de veneno tras las palabras, pero el tono ronco era suave—. Vamos a abrir un negocio.

Capítulo 2

Invierno de 1925

Su pequeño imperio crecía día a día. La luz de la lámpara titiló cuando Isaiah inclinó de nuevo la cabeza sobre los libros. Sid no era bueno con los números, por lo que recaía en Isaiah no solo ser la cara del negocio, sino también el cerebro.

De algún modo, la cadena que llevaba acabó en su boca mientras trabajaba. Necesitaba algo que calmara su inquietud para que su mente pudiera centrarse en las columnas de números que no tenían fin. Había poca luz en la estancia y el papel cebolla era casi ilegible. Cerró los ojos con los párpados arrastrándose como si estuvieran llenos de arena. El ardor le hizo recordar que llevaba despierto dos días y una noche. Su mesa estaba repleta de fotografías: familia, amigos y sus amados caballos. Había una fotografía pequeña en un lugar de honor, un Isaiah más joven al lado de una yegua alazana con calcetines blancos.

Se sentía como si estuviera a punto de explotar. En sus días como jockey había tenido muchísimas cosas con las que ocupar su cuerpo y sus manos y despejar la mente: ensillar y quitar la silla, inspeccionar los cascos de su montura. La emoción febril de los días de carrera. Ahora se mantenía a sí mismo profundamente atareado, inclinado sobre los libros por pura fuerza de voluntad. Nunca le había contado a Sid el esfuerzo que le costaba concentrarse, dejarle a él las cosas físicas.

Necesitaba algo que hacer con las manos. Sacó un cigarrillo y lo movió de un lado a otro de la boca antes de dejarlo colgar de sus labios. Podía permitirse un tabaco mejor estos días, pero los

cigarrillos baratos le recordaban de dónde venía, le recordaban a dónde podía volver si llegaba una racha de mala suerte.

La luz de sus oficinas tenía una cualidad grasienta, probablemente por culpa de las ventanas. El ambiente también era grasiento. Las lámparas llevaban horas ardiendo y en su pequeño rincón prácticamente no se movía ni una gota de aire. Se levantó y se alejó de sus papeles como si estuviera en un sueño y salió por las puertas dobles al aire fresco del patio y los establos. Nunca había tomado azúcar con el té pero siempre llevaba algunos terrones para los caballos. Isaiah respiró profundamente; heno y paja y caballo, tablas bañadas en sol y césped cortado. Esto era lo que le mantenía con vida. Había poco aire fresco en Birmingham, ahora menos que nunca, con las fábricas funcionando gracias a los hombres que volvieron de la gran guerra. Bueno, algunos de los hombres.

No estaba seguro de que él hubiera vuelto a casa del todo, pero descartó cualquier atisbo de miedo o vacilación o incluso imprudencia. Sidney y Grace le necesitaban. Todo el maldito mundo le necesitaba.

Una victoria, una gran victoria, y puedo dejar de mirar atrás. Cada vez estaban regulando más y más las carreras. Un día para toda la familia, sí, pero ahora a la gente le preocupaban los linajes y los progenitores. Isaiah no conocía su propio linaje y deseaba infernalmente no haber conocido nunca a su progenitor. Suspiró cuando salió de los establos al ruido y el clamor de la calle. Gracie estaba en el mercado, probablemente contado el dinero a escondidas mientras la señora Kimball regateaba sobre telas.

Isaiah no le iba a explicar a Gracie cómo se ganaba la vida, pero ella había absorbido el cotilleo que flotaba en el vecindario. Enterrador. Corredor de apuestas. Contrabandista. Vándalo. Estos últimos seguramente se los creía, pero era cosa de familia. Su hermana de ocho años caminaba erguida, era una de los Chance.

Chances Brothers Limited daba trabajo a la mitad de Birmingham. Las voces sonaban en los puestos del mercado de Cheapside. Sus productos y, lo que era más importante, sus aliados leales inundaban las calles. Caminó entre las chispas y el humo, intercambiando inclinaciones de cabeza con todo el que se cruzaba

e ignorando los susurros. *Gran hombre, Isaiah Chance. Bebe whisky solo. Paga los sueldos puntualmente. Se tiró a la hija de un marqués. Mató a un hombre por dinero. Mató a un hombre porque sí. He oído que tiene un Bugatti. Se suena la nariz con seda. Tiene dos bastardos en dos países. Él mismo es un bastardo, o un diablo. Pero es nuestro diablo.*

Solo la mitad de aquello era cierto, pero Isaiah tenía una reputación que mantener. En una pelea, Isaiah era fríamente eficiente, no quería estar allí. Sidney se había aficionado a las peleas con demasiada facilidad desde la guerra. Los puñetazos de su hermano eran desenfrenados e Isaiah temía que algún día le hiciera daño de verdad a alguien. Pero mejor las peleas que el láudano, y mejor el láudano que la nieve, y así pasando por toda la lista de vicios que todos los hombres en Small Health parecían tener. *Yo hago carreras de perros, pero al menos no hago peleas de osos. Bebo whisky, pero al menos no bebo ginebra.* Isaiah no necesitaba hacer ese tipo de distinciones, sabía que era un mal hombre. Se arropaba con ese control frío como con su abrigo de lana.

No toleraba tahúres y carteristas en su hipódromo. Un día para toda la familia, en eso era en lo que las carreras se estaban convirtiendo. Si John Adrian quería mandar a sus chicos, Isaiah les daría un golpe firme en los nudillos. Ese pensamiento le hizo mirar con furia a un grupo que deambulaba cerca de su casa y los jóvenes se marcharon.

Sintió un alivio palpable cuando alcanzó el silencio relativo de su puerta. Relativo porque su hermana pequeña estaba chillando con indignación. Su pequeña casa pertenecía claramente a dos hermanos solteros, con el papel de pared despegándose y muebles que no hacían juego. Pero, como todo lo que Isaiah hacía, la mantenía escrupulosamente limpia. No podía soportar ni siquiera la sugerencia de suciedad, no si iba a mejorar su situación en la sociedad.

—Sid —llamó escaleras arriba, casi sin parar de moverse. Depositó a Grace en el sofá y ella cruzó los brazos de forma petulante. Una de sus trenzas se había deshecho y estaba arruinando el efecto. Parecía un ángel y, por mucho que a Isaiah le

gustaría agarrarla del cuello, estaba también cuidadosamente calmado. Había conocido a hombres violentos, él no era uno de ellos.

El viaje al mercado había sido horrible. Había llegado al puesto de la señora Kimball para ver a Gracie hecha una furia, un pequeño diablo con calcetines de encaje. A Isaiah le costó toda su paciencia mantener la cabeza fría mientras llevaba a Gracie a casa. Estaba en silencio en medio del clamor de la ciudad y las protestas de Gracie, perdido en sus pensamientos. *Yo aprendí a controlarme. ¿Por qué ellos no pueden?*

—Industria —dijo mirando a la pared. Sabía que Gracie estaba retorciéndose en el sofá—. Trabajo duro. La suciedad y el fango y el peligro de trabajar con acero caliente, o cristal, o los dientes enormes de los telares. Necesitas confiar. Necesitas que tus compañeros trabajen como los dedos de una sola mano. —La atravesó con la mirada—. O podrías perder uno de esos dedos.

Grace bajó la vista. Varios de sus pequeños amigos ya trabajaban en el molino o en la forja y el mercado era lo más cerca que Isaiah dejaba que ella estuviera de su negocio. Isaiah no podía culpar a los padres, no cuando el hambre se paseaba por las calles, pero siempre protegería a los niños. Él había crecido demasiado rápido.

—¿Qué es todo esto? —gruñó Sidney, entrando a tropezones con la camisa casi desabotonada del todo y la mirada salvaje. El hombre estaba cubierto de sudor. No el sudor del miedo o la fiebre, sino el del esfuerzo. Su hermano claramente había estado peleando otra vez. Pero Isaiah no dejaría que Gracie se fuera de rositas para reñir a su hermano mayor. Los hermanos Chance tenían que presentar un frente unido. Eran las manos izquierda y derecha, el martillo y las tenazas. Mantenían a Birmingham firme.

—Nuestra hermana pequeña —dijo Isaiah—, se está comportando como una damita formal y una sucia carterista todo en uno. —Los calcetines de Grace estaban manchados de gris, y ella los estudiaba ahora con atención—. La señora Kimball la pilló apropiándose de monedas y cualquier otro niño se hubiera llevado un fuerte bofetón, si alguien en este maldito vecindario se atreviese a ponerle la mano encima a un Chance. Y ella lo sabe. No he visto

ningún arrepentimiento, ninguna disculpa, ninguna señal de que siquiera se da cuenta —Grace levantó la vista al oír eso— de la gravedad de su crimen.

Sidney se acercó hasta quedarse en pie junto a Isaiah, sus brazos cruzados igual que los de él. Era un bonachón, pero seguía el ejemplo de Isaiah y por ello Isaiah le estaba profundamente agradecido en ese momento, incluso si nunca había pedido ser un ejemplo a seguir. Continuó hablando:

—No toleraré ninguna mancha en esta familia y no toleraré que destruyas nuestro buen nombre en el vecindario. No somos santos aquí en Cheapside pero, si pecamos, no es contra nuestros vecinos.

Grace puso cara larga.

—Pensé que estaba siendo inteligente —susurró.

Sidney se rio al oírlo.

—Si hay alguien más inteligente cuando se trata de sacar dinero de bolsos que la señora Kimball, me gustaría mucho conocerle. —Isaiah le lanzó una mirada. Cualquier chiste haría que perdieran su única oportunidad de disciplinar a Gracie, quien ya estaba sonriendo con esperanza a Sidney, el maldito eslabón débil.

—Y cuando la descubrieron, insultó a la señora Kimball con todos los insultos que se le ocurrieron. Dijo que debía ser un error, que la estúpida mujer claramente había contado mal, y después le echó más leña al fuego. Dijo que uno de los Kimball debía haberlo robado. —Sidney ya no sonreía. La señora Kimball tenía mucha memoria y alrededor de un millón de hijos y sobrinos, suficientes para formar una pequeña banda—. Puedes llamar a la señora Kimball prostituta a la cara y brindará por tu salud, pero llámala estúpida, insulta a su familia, y se guardará la piel de tu espalda como trofeo.

Grace agitó sus calcetines sucios para dejar caer las monedas, que tintinearón y recorrieron pequeñas distancias en el suelo irregular.

—Lo devolveré todo, ¡lo siento! —gritó.

—Ponte la ropa de los domingos y reza porque la señora Kimball se sienta caritativa —dijo Isaiah—. Cualquier cosa que no sea una disculpa de corazón y puede que no veamos la próxima

semana. Estoy seguro de que no le gusta cuidar de ti más de lo que a ti te gusta que te cuiden. Lo hace como un favor a Sid y a mí y no sé quién más aceptaría el reto.

—¿Podría ir a trabajar contigo? —ofreció Grace con optimismo.

—¡Nunca! —dijo Sidney con bastante más fuera de la necesaria.

—Ve a cambiarte —dijo Isaiah en voz baja, su mirada en la pequeña pila de monedas. Prácticamente no sintió a Grace salir corriendo.

Mientras que Sid había dejado de beber, aún seguía llenando sus días con peleas en lugar de trabajo honesto. A estas alturas, Isaiah se conformaría con trabajo deshonesto. Pero se necesitaban nervios de acero para guiar las barcas silenciosamente canal abajo por la noche. Los nervios de Sid estaban alterados, quizás sin remedio, y eso era culpa suya.

Después de todo, no hacía tanto que habían vuelto de la guerra. Casi siete años pero, ¿por qué no iba su sombra a ser alargada? Isaiah había tenido aspiraciones de ser un médico, pero descubrió que no tenía el estómago para serlo. Acabó siendo un excavador de túneles y vio cosas peores allí lejos de la luz. Al menos allí podía ser de acero. Podía enfrentarse a la muerte de ese modo. Era cuando sujetaba una vida palpitante en sus manos que se desmoronaba del todo.

Se había unido a la guerra más tarde, no había ido hasta los 17, y Sid ya llevaba allí tres años para cuando Isaiah entró en combate. Era joven, pero no podía dejar que Sidney se fuera sin él, se necesitaban el uno al otro. Pero su hermano había vuelto cambiado. Podía haberle protegido, debería haberlo hecho. Gracie no recordaba al viejo Sidney pero Isaiah sí. Se había mantenido firme y orgulloso.

No tenía sentido mortificarse por ello. No le haría ningún bien a Sid. Los ojos de Sidney estaban ocultos bajo la sombra de su gorra. No podía seguir así. Gracie nunca se doblegaría a su voluntad, pero tampoco podía soportar criar a una vándala. Le había fallado a Sidney en multitud de formas.

—Necesita la influencia de una mujer —dijo Sid—. Y no la de la señora Kimball precisamente.

—La señora Kimball es buena gente.

—Eso ya lo sé. Pero tú quieres que seamos —frunció el ceño — mejores personas, ¿no es así?

Isaiah no estaba de humor para una pelea. En su lugar sacó un cigarrillo, moviéndolo sin pensar de lado a lado de la boca.

—Ella podría serlo —dijo en tono conciliador. Cuando Sid se sentía con ganas de dar puñetazos, lo mejor era mantener un tono tranquilo.

Con los caballos, la conexión iba antes de la corrección. Isaiah había domado incluso las criaturas más salvajes con afecto más que con fuerza bruta, pero había tenido mano dura con Gracie hoy. Le sería más fácil criar una potrilla que una niña. Necesitaba ayuda, pero su santa madre había muerto hacía tiempo. Podría mandarla a Small Heath, a que se quedara con su vieja vecina. Había hecho un buen trabajo con él y Sidney, una niña pequeña no podía darle más problemas que ellos dos juntos. Pero la echaría de menos, esa era la verdad. No sentía ningún deseo de mandarla fuera, ni siquiera al vecindario de al lado. Y no le gustaba pedir favores. Pero siempre podría contratar a alguien. Tenía el dinero. Tener al hombre adecuado en su organización podría darle un poco más de tiempo para centrarse en su familia.

Se había hecho a sí mismo y no tenía ninguna intención de apoyarse en nadie, ni siquiera en Sidney. Especialmente en Sidney. No cuando estaba peleando. Y ser el gran jefe le daba al menos la oportunidad de mantener a Sidney alejado de la cocaína. La distancia entre los dos hermanos estaba llena de golpes secos y descargas de chispas. Su hermano todavía era inestable.

Capítulo 3

Brighid se acomodó en su mesa del Bull & Steer. No llevaba en la ciudad más de tres semanas, pero ya era una de las regulares del lugar. La conversación que flotaba a su alrededor le devolvería las fuerzas. No le entusiasmaba estar otra vez de vuelta en Birmingham, pero la vista de su padre estaba fallando, lo que significaba que no volvería a saber de él si estaba lejos. Le había pedido a Greta que le visitara ese día. La camarera había aceptado sin levantar la vista, sus rizos grises tambaleándose mientras pulía la madera desgastada. Greta era la propietaria del Bull & Steer.

Brighid simplemente no estaba segura de que quisiera trabajar con ese hombre. Isaiah Chance tenía una reputación destacable. Era severo, exigente e implacablemente centrado en ganar dinero. Por otro lado, a ella le gustaba tener un poco de dinero y la habían creído ambiciosa hacía tiempo. Y un trabajo era un trabajo, y esta era la primera entrevista que había tenido en una temporada. Los caballos a los que herraba eran maravillosos, pero estaba aceptando a demasiadas personas que no podían exactamente permitirse pagarle y, pese a toda su gratitud y pan recién hecho, pronto necesitaría zapatos nuevos. Pensarías que unos cuantos años en la calle le habrían endurecido el corazón, pero únicamente endurecieron su determinación.

Había pasado semanas escuchando atentamente cada palabra sobre él. No era alguien duro de la calle como los Peaky Blinders o los Brummagem Boys, rey de una pila de basura. Era un hombre útil de tener al lado, eso era todo lo que era. No había intentado coger el poder por la fuerza, solo para hacer un rincón del mundo suyo. No peleaba. Nunca había empezado una pelea, pero sí las había terminado. El año anterior había llevado dos batallas

sangrientas al hipódromo. Isaiah Chance no era un hombre al que retar.



Otra maldita entrevista. Desde que Chance Brothers Limited se había expandido al hipódromo, todo el mundo quería un momento con los hermanos Chance, con un hermano en particular. «Oportunidades limitadas», refunfuñaba la gente, pero Isaiah no amañaba las carreras y no era responsable de los hombres que se apostaban las cenas de su familia incluso en una justa posibilidad. El vecindario estaba orgulloso de ver a uno de los suyos alzándose tan alto, desde la suciedad y los trapicheos de las fábricas y los muelles.

Mantenerse legal había sido un trabajo duro. Necesitó corredores de apuestas («contables»), prostitutas («anfitrionas») y fabricantes de alcohol ilegal («boticarios») para mantener felices a sus clientes. Pero era un trabajo bueno y honesto para todos los implicados. ¿No era hora de que dejara todo el fango de vuelta en las calles de Cheapside?

Una llamada a la puerta le sacó de sus pensamientos.

—Adelante —llamó.

—Arthur Bell —dijo el chico, quitándose la gorra con respeto.

—No necesitamos más gente para trabajar en los establos —dijo Isaiah en rechazo, pero con amabilidad. Había ofrecido esas posiciones primero a los chicos del viejo vecindario y, a decir verdad, tenía más de los que necesitaba.

—Soy forjador y herrador. Sé algo de medicina también, aunque más para caballos que para personas.

Parecía que había dejado de llevar pantalones cortos hacía nada, aunque dijo que tenía veintisiete años en una voz lo bastante aguda como para sugerir que no era así. Se sonrojó pero mantuvo la cabeza alta mientras Isaiah le observaba con un nuevo interés. Si este chico cuidaba de las sillas tan bien como del cuero de sus botas, los caballos estarían bien atendidos.

El chico se apartó el pelo (bastante largo y aclarado por el sol) de la cara e Isaiah se encontró mirando más de cerca a las diminutas patas de gallo alrededor de sus ojos. No era tan joven

como había parecido al principio, era verdad. Algo se despertó en su interior. Por Dios, sabía las cosas que algunos de los chicos hacían en la escuela, pero nunca antes había mirado dos veces a un hombre. No estaba seguro de cuándo empezó a estudiar el perfil de Bell, pero paró de repente y tosió sobre su puño cerrado. Tenía una cara aniñada, con mejillas en forma de manzana y una barbilla dulcemente cuadrada. Su puño, las cosas que le haría a ese puño más tarde. En silencio. Sorprendido por la dirección que habían tomado sus pensamientos, Isaiah extendió la mano para un apretón.

—Isaiah Chance —dijo.

La mano fría reveló que el señor Bell estaba mucho menos agitado que él.

—He visto a sus caballos en el hipódromo —dijo Bell—. Son buenos animales, pero quien sea que se encarga de herrarlos no les está haciendo ningún favor. A sus pasos les falta equilibrio. Están haciendo lo mejor que pueden, siendo buenos chicos como lo son.

Isaiah resintió la implicación. Era realmente meticuloso cuidando de sus caballos. Abruptamente, se levantó y se dirigió hacia la entrada del establo. Bell le siguió pegado a sus talones. Isaiah atravesó las puertas hacia el patio, el centro de su universo. Aquí estaba todo lo que había hecho o robado, el trabajo de sus propias manos. Intentó verlo a través de unos ojos nuevos: las piedras del granero se estaban llenando de musgo en el aire húmedo, pero el mortero era sólido. Alguien antes que él lo había mantenido con cariño y la verdad es que pensaba que se notaba.

Una yegua mayor de sangre tibia estaba en un corral sobre la hierba, su pelaje brillante aunque desgastado. No era alta o robusta o particularmente elegante, y era más de un pardo apagado que de cualquier otro color. Bell se dirigió como una flecha hacia la yegua en lugar de continuar hacia los establos, con la mirada encendida. Se acercó al morro aterciopelado con una zanahoria, mirando a los ojos marrones y gentiles. Mientras la yegua mascaba la zanahoria con agradecimiento el chico se quedó congelado.

—Tiene casi veinticinco años.

—Empieza a tener los dientes largos —estuvo de acuerdo Isaiah. No ofreció más explicación. Sintió una necesidad, una necesidad apremiante, de establecer su autoridad. Al menos Bell no

hizo ninguna pregunta. Claramente no era un zopenco pretencioso que veía a los animales como recursos para ser utilizados. Aquello ya era una mejora respecto a su último herrero.

—Le daría buen precio como carne o pegamento —ofreció el chico de manera casual.

Isaiah se enojó.

—Las criaturas no son mercancía —dijo con ardor, volviéndose hacia el cuello suave de Queenie. Acarició su nariz marrón, centrándose en los remolinos de pelo—. Otro hombre podría haberla mandado al matadero, pero yo no. Sé lo que es que te manden al matadero. Estas bellezas no conocerán nada de eso, no mientras yo siga respirando.

»La gente que piensa que los demás son desechables... esos son mis enemigos. Ya estén en el parlamento o lleven gorras con visera. —Le dijo eso último a Queenie, pero Bell asintió con sentimiento. Isaiah se sintió agitado por la mirada concedora del hombre. ¿Quién estaba entrevistando a quién aquí?

—¿Has dado a luz algún potro?

—Quizás media docena —respondió el joven.

—¿Las madres vivieron? —preguntó intencionadamente, clavando al chico en el suelo con una mirada afiliada.

—Todas ellas —contestó él fríamente—. Sé lo que hago.

Isaiah se volvió pensativo. Si pudiera juntar a un campeón y a una de sus yeguas de algún modo, podría traer dinero sin pedir ningún favor. La idea le atraía. Pero el maldito hombre no le dio un momento para pensar.

—¿Con cuántos caballos trabajaría?

—Soy el propietario de los establos y el hipódromo. Además de los míos, te ocuparías de varias docenas en un día de carreras.

—¿Hay algo que no posea? —preguntó Bell en un susurro.

—Eres tú quién está buscando trabajo con Chance Brothers Limited. Quiero decir, no es como si fuéramos una banda callejera —dijo Isaiah. Estaba ofendido. Era justo con la gente de la ciudad, no hería a los inocentes, no extorsionaba. No iba a llevar una navaja a un tiroteo, pero no era violento si no le provocaban. No obtenía placer de ello. No obtenía placer de mucho, pensándolo bien. Veía el mundo entero a través de una capa de lana de algodón.

Todo sea dicho, Isaiah estaba empezando a enfadarse. No necesitaba que sus empleados fueran insolentes. No necesitaba esa boca de aspecto delicioso tentándole, un día tras otro. Sí, le atraía Bell, pero un herrero necesitaba algo más que una boca que pareciera hecha para besar.

—Pareces un poco joven para ser forjador. —Observó la silueta delgada del hombre.

—No todo es fuerza bruta. —Parecía que Bell le hubiera leído la mente—. Todo está en el equilibrio. Las estructuras internas del casco, el modo en que golpea el suelo. Necesitas que sea sólido antes de herrarlo. No soy como otros herreros, no dejaré cojo a un caballo con herraduras pesadas solo para que trote de forma bonita. Les doy la armadura justa y suficiente para protegerles del mundo.

Isaiah se quedó allí, parado. Bell tenía su propio código y ciertamente no se parecía a la mayoría de herreros. Bueno, Isaiah no se parecía a la mayoría de hombres.

—¿Cómo sabes dónde clavar la herradura? ¿Dónde limar? —preguntó.

—Observo al animal. Sigo la línea de su casco, los lugares del cuerpo donde se acumula la tensión. El modo en que se mueve.

Isaiah se sintió de repente como si Bell estuviera estudiando su paso. Estaba medio tentado de caminar con paso fuerte alrededor del patio, de ser el pez gordo, pero se quedó pegado a Bell. *Lo bastante cerca como para cogerle de la mano.* Isaiah se deshizo de aquel pensamiento intrusivo.

Bell debió pensar que Isaiah dudaba de sus credenciales.

—Llevo herrando más de una década. Mi familia son trabajadores del metal. Tengo las manos para ello. —Isaiah evitó mirar esas manos de dedos largos.

Bell cuadró los hombros.

—Si no hay casco, no hay caballo. Me necesita. —Desafiante. Delicioso. Y era la verdad. Bell dijo todo aquello con prisa, con un toque de desesperación, y esa falta de aliento fue directa a la columna de Isaiah pasando por su entrepierna. Isaiah se movió, sus pantalones incómodamente ceñidos.

—Tienes el trabajo durante un trimestre. Lo reevaluaremos en tres meses. Mi hermano se ocupará de tus pagas. —Seguro que el

tipo tenía que sentir la misma tensión que sentía él, ese magnetismo extraño que les atraía el uno al otro.

—No puedo prometer exclusividad. Tengo que ser capaz de visitar a mis otros clientes, al menos durante el próximo intervalo de herraje. Eso es alrededor de seis semanas.

Isaiah registró aquello con una punzada de dolor. A lo mejor él quería exclusividad. A lo mejor quería a Arthur Bell todo para él. ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

Bell asintió limpiamente.

—¿Y puedo instalarme aquí? Tengo una forja portátil hasta que necesite algo más permanente.

La idea de tener a Bell tan firmemente atrincherado en su santuario era algo que no había considerado. Era reacio a negarse, así que dejó que otro se hiciera responsable.

—Habla con Boothby. —Asintió hacia el hombre mayor que ahora estaba trenzando el pelo de la vieja yegua—. Tengo un compromiso importante. Buen día, señor Bell. —Y se alejó caminando sin volver la vista atrás, tratando de ignorar la sensación de que estaba huyendo.



Brigid caminó dando un paseo hacia Cheapside con las manos en los bolsillos del pantalón. Su pub le estaba llamando y quizás con una pinta podría desentrañar esta atracción.

Bebía en el Bull & Steer sobre todo para evitar que la acosaran, pero adoraba a sus nuevas camaradas. Sabían qué era. Ella tenía una idea de lo que las parejas de hombres hacían en la habitación trasera. Brigid no era la única allí que iba vestida de lo que no era. Había una imitadora de mujer tras la barra, Madame Greta, que cantaba en un tono mezzo-soprano de madrugada. Brigid pensaba que compartían una cierta hermandad, acercándose a la feminidad desde direcciones opuestas como lo hacían. Pero, desde que llevaba pantalones, ningún hombre la había mirado como lo había hecho Chance.

Muchos hombres se quedarían con un viejo campeón, usándolo como semental tanto tiempo como les fuera posible pero, ¿una yegua de un linaje sin ningún interés particular? Ese era

alguien que amaba a los caballos más de lo que amaba el dinero o la posición social. Ese era un hombre con el que ella podría trabajar. Y, lo más sorprendente, ese era un hombre a quien conocía.

Verle había sido una sorpresa. Ese era su jockey. Podía ver cómo, cuando era joven y no tan delgado, había sido guapo. Su boca de rosa y sus ojos azul claro. Unas pecas espolvoreadas, tan bonitas como las de cualquier sirvienta. Su pelo oscuro en abundantes caídas. Cejas color azabache. Una nariz bonita, delicada para ser la de un hombre.

Ahora, un corte grave recorría un lado de su cabeza hasta una barba grisácea. Ahora, había un cigarrillo colgando permanentemente de esa boca suave. Ahora, una cicatriz cruzaba el puente de esa delicada nariz, un corte delgado y blanco como una hoja que terminaba justo bajo su ojo izquierdo. Y aun así era él, el hombre en el que pensaba en las noches solitarias cuando su mano se paseaba bajo su vestido. Él no la había reconocido, gracias al cielo. Podría querer de vuelta su cadena. Y a lo mejor la tendría, por mucho que ella la hubiera empeñado hacía una década.

Era claramente poderoso. Llevaba el cuello adherido a la camisa con un broche dorado. Zapatos que debían costar cuarenta libras, pulidos hasta brillar pese a la suciedad de esta parte de Birmingham. La visera puesta con precisión, un símbolo de sus orígenes. Su chaleco de cinco botones estaba en mejores condiciones que el de Brighid. La lana azul hacía que sus ojos fueran más impresionantes, mientras que su chaleco gris era casi marrón por el polvo de los establos. Su traje era de piernas anchas como mandaba la última moda, mientras que el de Brighid era simplemente una talla demasiado grande, la mejor forma de esconder sus curvas. Brighid deseó tener el valor de comprar un traje a medida de verdad. Le haría una silueta tan sofisticada. El reloj de Isaiah era niquelado y estaba abollado, incongruente con su traje a la moda.

«Lo que sea que hayas oído, es un hombre.», le había dicho Boothby y, a su pesar, le creía. Isaiah Chance le había mirado a los ojos, estudiándola, y ella le había estudiado de vuelta. Sus labios todavía serían suntuosos si no fueran tan pálidos. Pero los ángulos marcados de su cara eran la característica que le definía ahora. Y

aun así, para ser un hombre que tenía la reputación de mantener la cabeza fría, sus hombros casi habían tocado sus orejas. Brigid no se acercaría a un caballo tan tenso, no para herrarlo. Tenía mucha práctica estando al mando. Necesitas ser racional cuando hay chispas volando. Pero en el dormitorio había poca gente dispuesta a cederle el control. Había tenido iguales pero estar con su última amante, Bettina, había sido más una pelea que un intercambio de poder. Isaiah Chance no era tan invulnerable como su reputación le quería hacer pensar. Sonrió. Disfrutaría encontrando sus puntos débiles.



El control firme de Isaiah normalmente se extendía a su cuerpo, pero podía sentir cómo se le escapaba. Muy pocas veces atendía sus demandas: ya fueran comida o sueño o un toque amable. No estaba seguro de que se siguieran despertando. Pero ahora todo en él volvió a la vida con un rugido. Era una criatura deseosa y ávida. Por suerte, Isaiah Chance sabía dónde encontrar lo que quiera que deseara.

Isaiah se dirigió al familiar King & Castle, con el emblema pintado que ondeaba al viento. Con Sidney tras la barra, era una justa extensión de sus oficinas. Y el King & Castle estaba provisto de habitaciones conocidas como The Palace, un negocio en el que Isaiah había invertido en más de un sentido. Victoria tenía una inclinación emprendedora y, aunque no la visitaba a menudo, él todavía era la causa de un gran porcentaje de su negocio.

Pese a su reputación de mujeriego, los hombres con sus gustos no encontraban a menudo satisfacción con las cortesanías. Necesitaba conocer a alguien, necesitaba que alguien le gustara, o no sentía interés. Victoria era algo difícil de encontrar. No había amor entre ellos, eso estaba claro, pero la conocía prácticamente desde que era niño y la complicidad significaba mucho para él. Isaiah tenía muy poca gente con la que pudiera bajar la guardia. Victoria era una lugarteniente leal a los Chance y él era justo con ella y con todas sus chicas. Su discreción, su sentido del honor, era igual al suyo.

Tenía una infusión esperándole, caliente y mentolada. Cualquiera otra persona le ofrecería whisky y él se lo bebería, sin importar lo que quisiera. Victoria nunca le hacía sentir mal por cualquier cosa que le gustara.

—Tu cabeza está en otro sitio, Is —dijo—. ¿Te ha dicho alguien alguna vez que deberías encontrar un entretenimiento?

—Una pasión, mejor dicho. Y solo tú, Viqui. —Ella chocó su taza contra la suya. Se sonrieron el uno al otro, todavía como uña y carne. Si tenía algún amigo mejor en el mundo, no sabía quién era. Eso era bastante para él.

Le fustigó mientras le montaba, con el entusiasmo de un competidor de Tattersalls. El obtuvo su placer, pero fue él quien dirigió la escena de principio a fin, y su crisis no le brindó ningún alivio. Pensó en cabello corto y soleado y en líneas risueñas, no en la silueta delgada de Victoria. Aun así, le dejó una propina generosa, separando billetes de su creciente billetera. Visitar a Victoria disminuía las ganancias, sí, pero el negocio estaba creciendo. Y estaba agradecido, la verdad. Todavía podía permitirse evitar examinar sus sentimientos un poco más. Ella se despidió con la mano alegremente cuando se marchó.

Las frías calles todavía eran ruidosas, todavía llenas de humo incluso en la oscuridad creciente. Sus botas golpeaban los adoquines con una fuerza estremecedora. El alivio físico no había mitigado la tensión que se enrollaba en su estómago. Se sentía como si pudiera follar durante quince días y seguiría sin ser suficiente. Algo se estaba creando en Isaiah Chance, y no estaba seguro de que le gustara.

Capítulo 4

Seis semanas después

La oficina de Isaiah era sofocante, pero había estado evitando el patio. Se peinó con cuidado, haciéndose la raya tan recta como la hoja de un cuchillo. Tenía una cierta imagen que dar. Cuello almidonado, broche de oro. Impecable. Boothby dijo que Bell se había adaptado bien al patio. Era amable, competente y se llevaba bien con todos los chicos. A lo mejor se guardaba el descaro solo para Isaiah. El hombre era un tormento. Cada palabra que salía de su boca parecía tener dos significados, y las que no lo tenían eran palabrotas.

Isaiah salió al patio empujando las puertas. Estaba vacío, e Isaiah se encontró a sí mismo buscando pistas de Bell. Toda la forja estaba recogida, todas las virutas de metal, ni siquiera había dejado atrás un guante de cuero. *A lo mejor está visitando a otro cliente.* ¿Estaba decepcionado? Arrastró su bota contra el ladrillo. *Una responsabilidad menos de la que preocuparse.* No había pedido ser responsable. No había nacido para ello. Era un peso terrible sobre sus hombros.

Boothby le pilló mirando. Isaiah se excusó y caminó con prisa hacia su oficina. Solo se relajó cuando la puerta estuvo firmemente cerrada. ¿En qué estaba pensando, soñando despierto como un colegial? Isaiah no podía permitirse ninguna duda o debilidad. El sonido de un cristal le hizo saber que no estaba solo. El jodido John Adrian estaba allí, sirviéndose del whisky de los Chance. Adrian no se dio la vuelta, simplemente rellenó su vaso.

—Buena pista la que tienes aquí, hermosos caballos. Sería una pena si les pasara algo.

Isaiah casi se atragantó. Parecía algo salido de las páginas de una novela barata. Era dramático, sí, pero casi parecía mentira. Isaiah no se podía creer que de entre todas las personas le estuviera amenazando John Adrian. Los Sloggers eran un problema pero la mayoría de ellos eran poco más que niños. El hombre era delgado, de huesos finos y pelo más o menos largo y una barba escasa del mismo color pelirrojo atravesado de gris. Pero tenía una vena violenta e Isaiah era precavido aunque no tuviera miedo.

—Somos viejos amigos de la escuela, ¿no? —gruñó Adrian por encima del borde del vaso—. Yo no fui al colegio y tú tampoco. La escuela de la calle y todo eso. —El hombre se dio la vuelta con una sonrisa casi maníaca en la cara. Tenía algo en la mano. ¿Un puño americano? ¿Una cuchilla? Isaiah finalmente empezaba a temer por su vida. Adrian no tenía ningún código que le atase. *No trata bien a sus caballos, no trata bien a su gente.* Todos y todo en la organización de Adrian, desde los Sloggers en la calle hasta los sementales en los establos, eran prescindibles. Ahí estaba, colándose en el espacio seguro de Isaiah, llevando una gorra con visera no muy diferente a la suya, como si tuvieran algo en común. Era irritante.

—Alguien tenía que bajarte del pedestal. Pantalones a la moda. Bufandas de seda. ¿Es que piensas que eres un caballero? Solo eres un tipo de la calle, como yo. Ya es hora de que alguien te lo recuerde. ¿Jugando a ser un pez gordo, el cabeza de familia? Somos cuatro mil. Llegan más cada día. Buenos soldados apuntando todos en la misma dirección. Eso es una maldita familia.

Dejó un pequeño caballo de juguete en la mesa. Era uno de los de Gracie.

—No lo olvides. Estaremos en contacto. —Adrian se fue y nadie trató de pararle, ni siquiera Isaiah. Ahora era el momento de mantener la cabeza fría. Se habían empezado guerras por menos.

Sí, los corredores de apuestas eran todos vulnerables al chantaje, pero Isaiah no estaba acostumbrado a pensar que él mismo podía ser vulnerable. Le inquietaba. Se apoyó en su mesa, empujando la cara contra el cuero desgastado. Era demasiado. No era el más mayor, no era el más grande, pero tenía unos nervios de acero. La gente contaba con él. Su hermano mayor y su hermana

pequeña, que casi tenía nueve años. Todo el jodido vecindario. No podía caer en la provocación.

El día siguiente

Las madrugadas en la pista de carreras eran el momento favorito de Isaiah. Podía respirar profundamente el aroma a caballo, mirar en sus ojos líquidos, reducir el latido de su corazón cepillando y peinando. Necesitaba toda la calma que pudiera conseguir para el trato en el que estaba trabajando. Pero su rincón silencioso ya no era tan tranquilo.

Bell, con su cara aniñada, estaba en la forja. La temporada de herraje debía haberle traído de vuelta, pero no había ningún caballo a la vista. Llevaba un delantal de cuero atado alrededor de sus caderas. El pelo le caía sobre los ojos y sopló como un caballo respira mientras trabajaba el metal caliente de una herradura. Isaiah se quedó de pie, absorto, escuchando el ruido que hacía el metal al golpear contra el metal.

Isaiah se acercó. Desde la sangre, el barro y la humedad de Francia, el fuego le había llamado como una llama a una polilla. Alejarse era imposible. Pero incluso la calidez de la forja era eclipsada, bloqueada por la silueta de Bell y su esfuerzo. El trabajo era físico, poderoso, pero Isaiah podía ver la delicadeza, la habilidad que acompañaba cada resonar del golpe del martillo. ¿Cómo sería ponerse a sí mismo en unas manos tan capaces? El sudor goteaba por el cuello suave de Bell e Isaiah sintió una necesidad repentina y desesperada de lamerlo.

Y entonces el hombre le miró. Reconoció quién era inmediatamente y un rayo se deslizó por su columna hasta golpear su entrepierna. Se le secó la garganta. Esta era la chica que le había besado y salido corriendo. No era Bell. *Belle*. Una mujer hermosa escondiéndose a plena vista.

Ahora que podía ver quién era, prácticamente estaba desnuda. La bonita nuca de su cuello expuesta por el pelo corto, las mangas de la camisa enrolladas tan alto como era posible y llevaba el cuello abierto. Los pantalones bien ajustados, anchos en las piernas, revelaban una figura fuerte, de caderas generosas y una

cintura alta y delgada. Llevaba una bufanda de seda alrededor del cuello, pero estaba seguro de que la clavícula que se escondía debajo estaba hecha para ser besada.

Ella no había confiado en él, todavía no. Pero él podía confiar un poco en ella. Empezó a trazar un plan.



—Bell —llamó Chance. Brighid dejó las herramientas despacio, poniéndolas todas en su sitio y quitándose los pesados guantes antes de mirarle—. Tenemos una yegua que me gustaría que conocieras. —La guio, con su mano rondando su espalda pero sin tocarla—. Se llama Jenny.

La yegua era de un color castaño brillante pero por lo demás era ordinaria, medía menos de trece palmos de altura y era delgada, aunque se podía ver cómo los músculos brillaban bajo su pelaje. Brighid se volvió para mirar boquiabierta a Isaiah.

—¿Como la canción?

Él se ruborizó profundamente. A ella le encantaba hacer que se sonrojara. Lo había hecho de una docena de formas y siempre era una sorpresa descubrir qué frase inocente le haría ponerse rojo. Se sentía completamente cautivada por este hombre suave de bordes afilados.

—Puede no parecer gran cosa, pero es más rápida que el rayo. —Dijo eso último mirando sus zapatos brillantes, sin mirar a Brighid a los ojos.

Isaiah ofreció a Brighid un terrón de azúcar y Jenny se dio cuenta al momento. Brighid se rio un poco mientras Jenny besaba la palma de su mano. Todavía había algo mágico en poder estar alrededor de caballos todos los días. Miró los remolinos en su morro.

—¿Una de los hijos de Queenie?

—Casi. Una sobrina. Dejé a la hermana de Queenie, Duchess, en el establo de sementales campeones de John Adrian cuando estaba en celo. No tengo ni idea de quién fue el padre. — Brighid se rio. Había oído que Isaiah robaba corazones, pero nunca semen de caballo. Él sonrió—. De alguna forma es completamente castaña, no tiene ni un solo pelo negro. Es una bebé de biberón —

dijo con afecto, revolviendo la crin de la potrilla—. La crie yo mismo. Está totalmente a mis pies —añadió mientras ella resoplaba sobre su oreja con cariño—. No puedo estar lo bastante cerca para ella. Me ha pisado más de una vez, pero no es tan grande. —La pequeña yegua, todavía mitad potra, resopló.

Totalmente a sus pies. Si Brighid no se vigilaba, acabaría en la misma posición. Se riñó a sí misma. Un hombre le enseñaba su lado más suave, ¿y ella se convertía en su perro faldero?

—No me has traído para herrarla, ¿verdad? —La yegua tenía los cascos desnudos.

—Esta es una visita social. No quiero que corra o crie con ella hasta que haya terminado de crecer. Las carreras pueden ser brutales. Le encanta correr, pero todavía es joven, y la quiero demasiado como para ponerla en peligro. —No había ni rastro de la ronquera que había de normal en el tono de Isaiah. Quizás porque estaba sonriendo.

Brighid odió empañarle el humor, pero aun así no pudo evitarlo.

—Probablemente ya casi ha terminado de crecer, si no me equivoco —ofreció.

Él suspiró.

—Tendrá dos años el próximo mes. Supongo que lo he retrasado bastante. Ya es hora de que tenga una temporada. Pero odio tener que herrarla.

Brighid no dijo nada mientras se acercaba a Jenny. Acarició su suave crin y levantó un pie para inspeccionarlo. Estudió los cascos. Estaban bien equilibrados y bien cuidados. Vio la mano de Isaiah en ello, si no se equivocaba. Lo que le faltaba de experto lo compensaba con atención, con cuidado.

—No estoy convencido de que necesites hacerlo. ¿Por qué deberías, si a ella no le gusta? —El rostro de Isaiah se iluminó con ello. *Un comienzo descalzo no es lo habitual, pero la pequeña Jenny no necesita nada que le añada peso.*

—¿De verdad? —preguntó.

—Algunas personas ponen —Brighid prácticamente escupió — herraduras cargadas con plomo a sus caballos solo para hacer su paso elegante. No soy ese tipo de herrero.

Isaiah estaba sonriendo de verdad ahora.

—Tendrá menos tracción, pero más flexibilidad del casco. Es a lo que está acostumbrada. Odiaría cambiarlo demasiado.

—No puede ser de pura sangre o su pezuña sería más delgada de lo que es. Pero siempre ha estado descalza y todo parece fuerte. Si acabases de quitarle las herraduras, estaría preocupado, pero está tan preparada para un comienzo descalza como pueda estarlo.

Isaiah pasó un brazo por sus hombros. Ella le devolvió el abrazo, pero él ya estaba apartándose, poniéndose serio. Le sonrió con descaro. Isaiah Chance no le engañaba, ella sabía que era un bonachón.

Capítulo 5

Isaiah se despertó con una erección con la que podría cortar cristal. Su polla hormigueaba con una excitación poco familiar. Se sentía ardiente y urgente y completamente inacabado. Ella se había sentado a horcajadas sobre su cara. La mujer le tenía más expertamente atrapado que si le hubiera atado a la cama. Ella... la mujer del hipódromo... Belle. El sueño todavía perduraba. Había probado su dulce sal, había hundido su rostro en sus pliegues hasta ver estrellas. Gimió.

No podía recordar la última vez que había sentido ese filo afilado de excitación. Quizás nunca. Normalmente, tras un largo tiempo de conocer a alguien y que le conocieran, de afecto y amabilidad diarios, descubría que esos sentimientos se convertían en lujuria. Se vistió con expectación, recordando peinarse en el último momento, prácticamente saliendo con las botas sin atar. Después de la sencilla calidez del día anterior, todo lo que quería era sentirla de nuevo. Caminó a través de las calles sin mirar a su alrededor, dirigiéndose al patio como una flecha. Ni siquiera la sombra de Adrian sobre sus instalaciones podía apagar su entusiasmo. Allí estaba. Belle tenía un caballo castrado esperando pacientemente, preparado para herrarlo. Se acercó, atraído por su confianza y competencia y el sonido del martillo.



Brighid empezaba a adorar su pequeño rincón de Birmingham. Habían barrido el establo y había una fina capa de paja que había sido claramente extendida hacía poco. El patio estaba rodeado por piedras cubiertas de musgo y, cuando no estaba trabajando en la forja, era casi silencioso. Podía llegar a gustarle

ese pequeño feudo, a pesar de que su señor la volviera loca. Le había visto entrar al patio, pero mantuvo la mirada en su trabajo.

Un humo acre se levantó cuando posó la herradura caliente. Podía sentir la vista de Isaiah clavada en ella. Pero cuando Brighid levantó la cabeza él estaba en otro mundo, con los ojos llenos de terror. Había visto a muchos hombres ponerse así desde la guerra. Casi había llegado hasta él cuando se desplomó.

—Arriba —dijo Brighid, sin crueldad. Se apartó, limpiándose el polvo rápidamente. Isaiah pareció aliviado.

—Bell —suspiró.

Arthur Bell había sido su nombre durante mucho tiempo. Pero cuando él lo decía, sonaba como Belle. Como si ella fuera hermosa, como si él encontrara su seriedad tan seductora como la fragilidad que era más favorecida por las modas. *Belle*, pensó para sí. *Podría ser Belle*.



Cuando Isaiah abrió los ojos su cabeza estaba apoyada sobre un regazo sorprendentemente suave. El cuero del delantal de Belle era cálido contra su mejilla. Cerró los ojos de nuevo, tratando de expulsar la vergüenza. *Justo lo que mi día necesitaba*. Se había sentido atraído por Belle y por el brillo de la forja. Entonces, de repente, se encontraba en la batalla de hacía nueve años que robó los destinos de tanta gente y de su brutal padre. Caballos gritando. Después, el humo ardiente se levantó y él estaba respirando con facilidad. Belle acarició su mano. ¿Era atracción lo que florecía en esas mejillas sonrojadas? La cabeza de Isaiah estaba hecha un lío. Los labios de Belle eran un albaricoque maduro, el dorado aterciopelado de sus mejillas estaba decorado con pecas y su larga nariz ahora tenía un bulto por donde debió haberse roto. No podía esperarse de él que se concentrara en su pasado trágico con una nariz tan intrigante delante. Se levantó rápidamente, antes de que pudiera avergonzarse más a sí mismo.

Ella usó un tono neutro cuando dijo,

—Tengo que herrar a tres más esta mañana. Estaré aquí un rato si me necesitas.

El agachó la cabeza en asentimiento y caminó con las piernas agarrotadas hasta su oficina. Gracias a Dios que uno de ellos estaba centrado en el trabajo.



Mantén la forja ordenada, con todo colgado en su sitio. Todo estaba en su lugar para que ella pudiera centrarse en los animales asustadizos. Había pocos clientes más distraídos que una yegua entrando en celo. Brighid tenía suerte de no ser una distracción para las pobres criaturas; en unos días esa yegua estaría guiñándole el ojo a todo el macho con el que se cruzara, sin importar la especie. Pero aun así, tenía que hacerse.

Brighid dejó caer el último casco, agotada. Sabía cómo se sentía la pobre yegua. No había pensado más que en Chance las últimas semanas. Su control severo, lo que debía haber debajo. Le gustaría guiñarle el ojo a él, si la satisfacción seguía evadiéndola.

Brighid le dio una palmada a Beauty en el trasero castaño y se giró, estudiando el amplio patio.

Estaba limpio, con una fina capa de paja recientemente extendida. Se le ocurrió que este era un hombre que conocía a los caballos. No académicamente, no las matemáticas enérgicas de apostar en los ponis, pero el tacto del animal bajo sus manos. Este era un hombre con una almohaza, no un hombre que dejase a su montura sudando para que otro hombre se ocupara de ella. Este hombre tenía unas manos que podían reparar una tachuela o retirar una piedra de una pezuña. Este hombre... este hombre estaba a punto de arruinarlo todo.

Hablando del rey de Roma. Allí estaba él. Eso no funcionaría, no con Beauty tan agitada como estaba. Se movió para cortar el paso, pero sabía que debía parecer un perro de caza ansioso, corriendo hacia su amo. Ese pensamiento la incomodó; Brighid era el amo.

—Bell —dijo, y paró.

—Señor —dijo ella atentamente.

—No eres Arthur Bell —comentó él despacio.

—Brighid —respondió ella en un suspiro—. Pero me gusta mucho más ser tu Belle. ¿Podemos tener esta conversación en otro

lugar? Estás incomodando a Beauty.

—Oh, perdón. —Allí estaba ese rubor de nuevo, pero Isaiah se lo tomó con calma—. Te veré en mi oficina.

Brigid llevó a Beauty a su establo y se tomó un minuto extra para calmar a la agitada yegua. Era difícil decir cuál se las dos se había inquietado más con la aparición inesperada de Isaiah.

Capítulo 6

Se armó de valor mientras se acercaba a su puerta, pero él gritó «Pasa» antes incluso de que ella pudiera llamar.

—¿Has pensado en cruzarla? —dijo Brighid, como si eso fuera lo que Isaiah le había llamado para discutir.

—Debería hacerlo. Lleva años pidiéndolo, le guiña el ojo a cualquier caballo atractivo o incluso a los hombres en cinco condados. Haré una llamada. —Se rio un poco. Ella nunca había oído su risa. Le gustaba. Francamente, estaba sorprendida. Para ser alguien que se sonrojaba con tanta facilidad, Isaiah era extraordinariamente honesto sobre la monta.

—¿Te he sorprendido? —Isaiah preguntó irritantemente.

Brighid ahogó un suspiro. Había paseado su martillo por toda la ciudad y el caballero estaba actuando como si ella pasara los días en salones de té.

—No puedes ser puritano con respecto al sexo si pasas tiempo rodeado de animales. He visto más miembros de los que puedo contar y la mayoría pertenecían a caballos.

Él la miró, asombrado. No tenía ni idea de por qué había esperado que fuera tímida. No había mostrado ni un poco de timidez en los últimos dos meses.

—Supongo que has estado jugando a ser un muchacho —dijo él casi despectivamente.

A ella le gustaría ver cómo despreciaba esto.

—Me gusta jugar a ser el muchacho en la cama también —dijo.

—¿Quieres decir...? —intentó interrumpir, pero ella siguió hablando.

—Te tomaría. Te tomaría del modo que estoy segura que tú has tomado a muchas mujeres. —Un latido. Dos. Se dio cuenta, de

repente, de que acababa de hacerle una proposición a su jefe. Y no solo a su jefe, sino al jefe de esta parte de Birmingham. Pasaron los segundos. Ella se mantuvo erguida. No se echaría atrás.

—Sí.

Brighid sonrió.



Arthur Bell no existía, eso estaba claro. Pero entonces, una chica apareció frente a él, una chica delgada, sonrojándose como una escolar, hecha de nata fresca y rosas inglesas. Brighid. Belle. La preciosa, preciosa Belle.

Joder. ¿Por qué su propuesta, hecha tan explícitamente, le había puesto la polla tan dura? No había tomado a muchas mujeres, de hecho, pero ella no necesitaba saberlo. Se quedó sin respiración. Nunca le había pasado nada tan magnífico, y eso que era prácticamente el rey de Cheapside. Hacía que las cosas pasaran, sí, pero nada bueno ocurría nunca sin que él interviniera directamente y eso hacía que la victoria se desluciera un poco. Era un ganador, pero nadie podía llamarle afortunado. Haría lo que fuera que ella quisiera. Y estaba claro que ella lo sabía.

—Sí —dijo de nuevo—, pero, mira, deberíamos tener una conversación primero.

La sonrisa de Belle era amplia. Él casi rio en voz alta, perturbado brevemente por su franqueza. Por otro lado, ¿no le había oído a Victoria decir lo mismo? Sus pestañas refinadas no querían decir que ella fuese de ningún modo delicada. Tomó de repente una increíble consciencia de su ano, tenso bajo la lana a medida.

Era demasiado bueno siendo Isaiah Chance como para sonreírle de vuelta, pero le dirigió un pequeño guiño, lo mejor que podía hacer allí en su oficina.

—Si voy a irme a la cama contigo, me gusta tener unas pocas cosas claras primero. —Aquello todavía sonaba demasiado como una transacción de negocios, pero no podía evitarlo. Decidió continuar sin vergüenza—. Entonces, ¿eres Brighid? No debería... Podría seguir pensando en ti como Arthur, si eso es lo que necesitas, no me molestaría nada. —Dios sabía que había conocido

algunos hombres en el ejército que estaban en el mismo barco. Fuera Arthur o Brigid, Isaiah estaba muy interesado.

Sus ojos se arrugaron.

—No, odio el nombre, pero soy una mujer. Es solo que no me visto como una. Belle me valdrá perfectamente.

—Belle —aceptó.

Si ese era el caso, no podía imaginar por qué había estado yendo de un lado a otro con pantalones. Henriette Tournier llevaba al menos una década herrando en Francia. La había conocido. Sin duda alguna, su sexo no era un obstáculo para la profesión.

—No pretendo insultarte pero, ¿por qué la ropa de hombre? He conocido algunas mujeres mayores que tú en Francia que eran herreras.

Su boca se torció en una sonrisita.

—¿Por qué ser Ginebra cuando puedes ser Arturo? Como dije en mi entrevista, es una armadura. —Él esperó—. ¿Debería forzarme a llevar algo poco práctico solo por las apariencias?

Herraduras, pensó para sí, y aún siguió esperando.

Parecía que había más cosas que tenía decir y, bajo su mirada, se dio la vuelta. Mirando a la pared, dijo:

—Es solo que es como yo me siento. No solo para herrar, pero siempre. Los vestidos y los corsés son terriblemente incómodos pero me gusta sentirme... elegante. Me hace sentir hermosa pero, lo que es más importante, me hace sentir segura. La seguridad es algo difícil de conseguir en Small Heath. —Bajó la voz—. Además, no he recibido ninguna queja de los hombres o mujeres con los que he jugado.

Él gruñó. No estaba quejándose, en absoluto.

Podía ver en aquel momento la nobleza de su postura, como un caballero antiguo. Mangas cortas y tenazas, un delantal abierto sobre calcetines largos. Era una belleza de forja: fuego y cenizas y el brillo estelar del hierro fundido. No podía ser más hermosa con un vestido. Debía ser exactamente cómo era. La estudió de nuevo, su pulcro abrigo de hombre y el pelo despeinado artísticamente. *Armadura*. Si había alguien que lo entendiera, ese era él.

—Bueno, eso está decidido entonces —dijo—. ¿Has dicho algo sobre «tomarme»?

Capítulo 7

Brighid no podía creerse su suerte. Isaiah Chance, que era todo poder y muslos fuertes, que nunca sonreía, se estaba doblegando a su voluntad. Nunca había tenido una oportunidad como esta y, probablemente, nunca tendría una de nuevo. Ni siquiera se había resistido cuando, sin decir ni una palabra, ella le había guiado hasta los establos, y aquello le alegraba. No le necesitaba rodeado por sus decantadores y su pitillera plateada. Necesitaba lo que había debajo de ese cuello arreglado y ese maldito pelo perfecto.

Le guio a un box limpio alejado de la actividad del patio. La posibilidad de que les interrumpieran era menor aquí que incluso en su oficina. Ella pasaba todos los días observando a hombres entrando y saliendo por su puerta. ¿Cuántas veces había divisado su semblante severo desde el patio? Demasiadas para contarlas. Pero ahora él parecía impaciente y eso la animaba. Le volvió de cara a la pared y le quitó el abrigo de los hombros. Lo dobló sobre la puerta del compartimento. Todavía no había dicho ni una sola palabra, casi como si estuviera asustada de romper el hechizo.

Él se bajó los tirantes y estiró la mano hacia sus pantalones. Tan pronto como hubo abierto la bragueta ella le tomó en su mano, rodeándole para agarrarlo con su mano izquierda. Él suspiró, arqueándose hacia ella. El calor no era desconocido para ella, pero su verga prácticamente lo irradiaba. Era posible que acabase con una ampolla si no le aliviaba, y rápido.

Estaba dotado como un caballo. Ella debería saberlo. *Cómo caminará con algo semejante*, reflexionó. *Sin duda debe desequilibrar su paso tranquilo.*

Brighid apoyó la mano en la pared del compartimento. Tenía una pequeña botella de aceite de almendras que usaba para las pezuñas, además de vaselina. Vio el músculo bien formado en su

cuello, las venas distendidas que sobresalían en la base de su miembro. Esto era poder. Esto era afecto. Por fin podía coger cuando lo necesitaba y él se lo daba. Estaba cansado de actuar como un todopoderoso, estaba segura.

Sus pechos se tensaron placenteramente, luchando contra su vendaje. Bajo la tela áspera llevaba seda suave. Era ligera y transpiraba fácilmente. Si tenía que llevar capas para disimular su figura, si a veces dormía con la ropa puesta, al menos la capa sobre su piel era tan delicada como el camisón de cualquier dama y podía lavarse y tenderse con rapidez. Era práctico, sí, pero también bonito.

No podía desnudarse aquí completamente. Le costaría demasiado tiempo volver a vestirse y estaría expuesta. Él también estaba sufriendo con la ropa puesta, cubierto de sudor y esforzándose. Tendrían que hacer esto rápido. Los dedos de Brighid dedos estaban en el pelo de Isaiah. Dios, adoraba la sensación de las uñas sobre el cuero cabelludo. Él gimió de placer y la mano de ella apretó, hecha un puño sobre su cabeza. Estaba tenso como un arco a punto de ser disparado. Ella le destruiría por completo.



Isaiah Chance estaba perdiendo la cabeza. Bell-Brighid-Belle le metió una tira de cuero en la boca y la ató sobre su nuca. No era un bocado, más bien una mordaza, un trozo suave de rienda para evitar que gritara. Mordió el cuero gastado. Nunca había encontrado algo como aquello excitante, pasando como pasaba sus días entre caballos y aperos. Durante el resto de su vida, con seguridad, cualquier cuarto de aperos le provocaría una erección que le dejaría ciego. Su sangre descendió de forma casi dolorosa mientras estaba allí de pie en el compartimento mirando a la pared con la cabeza agachada. Sus manos presionaron sobre la madera lisa. Ella estaba arrastrando algo suave sobre su culo.

—Te correrías en un segundo si te diera lo que realmente quieres —ronroneó. Enfatizó la palabra con una palmada sobre sus nalgas, amortiguada por los pantalones de lana. Él se tragó un gruñido y ella le bajó los pantalones. Estaba allí de pie, con las botas puestas y en mangas de camisa, atrapado por sus pantalones

en los tobillos. El cuello le apretaba incómodamente. El establo, tan placenteramente fresco antes, era sofocante de repente.

Ella le observó durante un largo minuto. Podía sentir su mirada en la nuca. Toda la piel le hormigueaba, por no hablar de su polla. Se movió como si fuera a mirarla, su mano izquierda despegándose de la pared del compartimento, y ella la puso de vuelta con firmeza.

—Haremos esto a mi manera. —Le acarició la nuca y él se arqueó hacia ella sin agresividad, más bien como una planta buscando el sol—. Eres un hombre bellissimo —le dijo al oído.

Estaba a su merced. El poder de Belle no residía en la fuerza, aunque sus antebrazos eran fuertes y musculosos. No, residía en el modo en que Isaiah necesitaba los pequeños círculos que su pulgar estaba dibujando en su espalda, bajando seductoramente. Residía en el modo en que él se inclinaba hacia su susurro, rotando hacia su «respira» y su «despacio». *No es muy habladora, mi Belle.*

Se sentía como metal líquido. Estaba caliente y débil y tomando aire a bocanadas. Estaba listo para doblegarse a su voluntad, cualquiera que fuera. Tiró más fuerte de su pelo y las uñas de Belle le arañaron la cabeza sobre la oreja derecha.

—Ábrete para mí —susurró, y sus muslos se separaron. Quería hundirse y ponerse de rodillas. Si ella le dejaba.



Brigid estaba en su elemento. Isaiah era tan receptivo: inclinándose hacia ella, ronroneando alrededor del cuero en su boca. Ni siquiera sabía lo que ella podía hacer con el cuero. Era un hombre de arnés, eso estaba claro.

Sintió poder y deseo como no los había sentido nunca antes. Cogió su verga de nuevo, acariciando la erección aterciopelada. Él se mantuvo perfectamente quieto. Este era un hombre al que ella podía moldear a su antojo y, a juzgar por el modo en que estaba jadeando, él disfrutaría de cada segundo. Se puso de rodillas y besó la base de su columna. Él siseó. Tiró con suavidad de sus testículos y después separó sus nalgas, amasando el músculo con sus dedos callosos. Posó besos sobre su raja y después introdujo el pulgar en la mitad. Él se tensó con una fuerza que debió sorprenderle. Se

movió hacia adelante, relajándose mientras la otra mano de Brighid se movía sobre su erección. En solo unos pocos segundos, casi había llegado al clímax. Entonces ella introdujo su dedo humedecido dentro él. Se sintió increíblemente satisfecha mientras él gemía y embestía.



Isaiah estaba al borde de algo que no podía nombrar. Los elegantes dedos de Belle eran duros y él llegó a la repentina conclusión de que puede que le gustara duro. No era lo que estaba haciendo, era quién estaba haciéndolo. Belle, con sus capaces manos y su sonrisa. Belle, dominándole. No por la fuerza, sino sabiendo dónde presionar. Había estado anticipando este momento desde que ella empezó a acariciarle con sus manos cada vez más abajo. Había contenido la respiración, pero no era lo que esperaba, incluso mientras presionaba contra su mano. No estaba siendo invadido. Estaba siendo acariciado. Y entonces Isaiah Chance dejó de pensar, porque el movimiento húmedo de sus dedos le hizo ver las estrellas. Era como mirar al fuego, pero Isaiah flotaba en un silencio perfecto. Birmingham se desvaneció, su propio cuerpo estaba desvaneciéndose, construido de nuevo bajo sus manos. Bajo su confianza. Bajo su rápida seguridad. Isaiah no había sentido ternura desde hacía mucho tiempo. No había esperado sentirla mientras le follaban. Pero lo hizo.

La mano de Belle era ligera sobre su espalda y acariciando su cadera, aunque estaba follándole con fuerza. Le estaba dando exactamente lo que necesitaba. Sus caderas se movieron con el ritmo de su mano y él tembló con el impacto, el suave golpe de las caderas contra las nalgas. Después de días de espera, su erección prácticamente constante era sensible hasta casi doler. Le llevó al orgasmo por la fuerza. Cuando su dedo encontró el punto esponjoso, él lanzó un suave grito, derramando su semilla sobre el heno. Respiró con dificultad, su pecho moviéndose agitadamente. Ella se movió contra él depositando pequeños besos a lo largo de su espinazo. Cuando por fin se dio la vuelta ella estaba inclinada. Se había limpiado las manos y se había vuelto a colocar la ropa. Solo su pelo indicaba que estaba tan agitada como él. Quería besarle en

la boca. Quería pedir y que se lo negaran, como no le negaban ya nunca nada. Se tumbó sobre la paja a su lado y ella le atrajo a descansar sobre su pecho. Con razón lo llamaban crisis. Belle le había destruido por completo.



Brighid suspiró profundamente e Isaiah se arqueó al sentir la respiración sobre su oído. *Dios, podría hacer cosas maravillosas con él, si tuviera la oportunidad.* Sintiendo su fuerza, su poder, y después doblegándolos. Estaba mojada, deseosa y completamente triunfante. Era como todos sus mejores momentos en la forja, cuando el metal se doblaba a su voluntad. Pero nunca se había sentido así con otra persona. Desde luego él era hermoso. Brighid jugaba con gente a la que deseaba. Pero normalmente no quería depositar besos sobre sus rostros o dibujar su nombre sobre su piel. Isaiah era algo nuevo.



—Oh, cariño —murmuró Belle, acariciando su espalda. Él dio un bote, sorprendido. No podía ver su cara pero sus manos, tan seguras, nunca titubearon. Y aun así, ¿qué era lo más sorprendente, después de lo que acababa de pasar? El apelativo era bienvenido después de la fuerza de su unión. Se inclinó hacia sus caricias tiernas. ¿Cómo podía una herrera tener unas manos tan suaves? No estaban libres de callos, pero eran sumamente gentiles. Se quedaron así tumbados un rato. Él no podía ver bien su rostro, pero ella posaba sus labios sobre su cabeza. Isaiah admiraba la estoicidad, pero no podía quedarse callado a su alrededor, no cuando su silencio era tan tentador. Se sentía como si pudiera decirle cualquier cosa.

—¿Eres de por aquí?

—Podría decirse así. —Podía sentir su sonrisa—. De Garrison Lane.

—Tu padre no será... ¿Es Mark Bell el grabador? ¡Siempre está hablando de su hija! Le compré mi reloj de bolsillo. ¡He visto una miniatura tuya!

Ella soltó una risa.

—Mi querido padre no se ha dado cuenta todavía de que voy por ahí con ropa de hombre. Ha pasado más de una década, pero le falla la vista, que Dios le bendiga. Mientras le lleve el té y no suelte muchos insultos, tiene una hija atenta además de un hijo fuerte que cuida de ella.

—Supongo que le veo el sentido —coincidió Isaiah. Sabía una cosa o dos sobre llevar demasiadas máscaras.

Se sentía inclinado a confiar en ella. Quizás porque todas las mujeres con las que se había acostado habían sido una amiga en quien confiaba. Quizás por la dulce competencia de las manos de Belle. Muchas mujeres fantaseaban con Isaiah Chance. No podía caminar por Cheapside sin encontrarse con miradas lujuriosas e invitaciones más lujuriosas aún. Pero no conocían al hombre. No le darían lo que quería. Querían que el rey de Warwickshire les azotara. No le azotarían a él.

No le dejarían débil y tirado sobre la paja, tan tembloroso como un potrillo recién nacido.

—Tengo una propuesta para ti.

Capítulo 8

—Voy a enfrentarme a los Sloggers. Te quiero a mi lado. —De vuelta detrás de su mesa, Isaiah era otra vez el gran jefe. Era difícil creer que le había follado hacía menos de una hora.

Brigid conocía a los Sloggers. Hacían joyas baratas y clavos de latón, no muy diferentes a los de hierro que ella hacía para las herraduras, y eran competidores tanto suyos como de su padre. Era prácticamente imposible que Isaiah no supiera que ella sobrevivía al evitar que conocieran su existencia.

—No soy un hombre violento. No toco las pistolas. No trato a la gente como mi propiedad. Si vendemos tabaco barato y hielo y bebida, bueno, eso no es más que una tarde agradable entre amigos. Si hacemos el vaso del que bebes, eso es artesanía. Si somos los propietarios del bar en el que bebes, eso es trabajo honesto. No somos los dueños de las mujeres que viven sobre el bar, si es lo que te estás preguntando. Son asociadas de confianza. Chance Brothers Limited es una compañía moderna y apostamos por la integración vertical. No somos una banda callejera.

—Traficas con drogas —dijo, de manera más acusadora de la que pretendía.

—Ya no —dijo él en voz baja—. Me costó mucho tiempo que Sidney estuviera limpio. Estoy intentando hacer de este un lugar mejor. No siempre lo hago bien. Pero sí creo que soy mejor que las bandas. Si traemos tela para abrigos cálidos no es caridad, es ser prácticos. Pago para fabricar esos abrigos cálidos, pago sueldos con los que pueden permitírseles y nadie se congela. No soy amable. Solo soy mejor que Adrian. John Adrian no es amigo de nadie.

Brigid podía oír el acero en su voz, la navaja a medio abrir.

—La yegua que estaba montando cuando nos conocimos —dijo Isaiah, su vista clavada en Brigid. Su pequeño bote la delató.

Le miró a los ojos. Él claramente sabía que ella era la mujer que había corrido hacia él y después le había robado. *Éramos tan jóvenes entonces*. Continuó—: Adrian no la alimentaba bien, no prestaba atención a sus cascos. Era un recurso para él. Y cuando no dio lo que se esperaba de ella, cuando se cayó... nunca volví a verla. —Se mordió el labio—. Sé todas las cosas malas que les pasan a los hombres y a las bestias en Birmingham. No estoy ciego. Pero quería a esa yegua.

Se apoyó sobre su mesa y ella podía ver cómo sus músculos se tensaban bajo sus mangas.

—Los Sloggers me han propuesto hacerse cargo del hipódromo. No quiero dárselo. No porque sea posesivo, aunque lo soy. No, no me fío de que tengan poder sobre tantas criaturas indefensas.

»No está rota. Era mía. Era mi yegua, aunque nunca fuera su dueño. Me alejé de Adrian para empezar este negocio y me alejé de ella, y no hay un solo día que no me arrepienta. Pero incluso aunque no fuera mía...

Brighid lo entendía. Ningún caballo merecía ser tratado como lo había sido esa dulce yegua. Sería un trabajo duro, habría que tener mucho cuidado para calmar sus nervios agitados si alguna vez iba a correr de nuevo. Por otro lado, ¿no era eso lo que Brighid había estado haciendo con Isaiah? *¿Por qué no podía concederse a sí mismo la misma amabilidad?*



—Necesito ser un poco despiadado a veces, Belle. Este es mi hogar y mi ciudad y los defenderé. No te pediré que lo hagas. Pero haré lo que deba hacerse. —Tenía la pesada sensación de que la había asustado.

Por muy dura que fuera en la cama, no creía que tuviera estómago para esto. Ni siquiera él tenía estómago para ello y era su maldito plan.

—Lo entiendo —dijo ella—. Lo resolveremos juntos.



No había visto a Isaiah en prácticamente dos días. Se había ofrecido a ayudar, pero él no parecía saber cómo tomárselo. Al fin lo encontró inclinado sobre los libros con la mandíbula áspera por una barba de varios días y unas gafas con montura sobre la nariz. Su masculinidad robusta era un desafío irresistible. Sabía que ella podía hacerle gritar. Pero estaba distraído, incluso irritable. Se sentó en una postura casual en la silla frente a su mesa, con una pierna colgando sobre el brazo de madera.

—¿Te inquieta algo? —preguntó despreocupadamente. Él casi ni miró en su dirección, ni siquiera dejando aflorar una pequeña sonrisa por su postura desenfadada.

—Si se queda con el hipódromo estamos a tres meses de la bancarrota —dijo con esfuerzo—. Adrian nos ha jodido y no puedo hacer que los números funcionen de ninguna otra forma. —Ella posó una mano sobre su puño cerrado y él por fin la miró a los ojos. Había desesperación en su mirada—. Por falta de un clavo, se perdió la herradura. No consigo encontrar una solución, mi mente está demasiado agotada.

Brighid se acomodó sobre él en el sillón con ligereza. No estaba segura de qué hacer. A lo mejor él necesitaba que ella fuera amable, dadas las circunstancias. Frotó su nariz tras su oreja sedosa y apartó sus rizos negros para depositar pequeños besos sobre la parte rapada de su cabeza. Estaba acunada en su amplio regazo y, aunque sabía que era un hombre fuerte, la evidencia de su virilidad estaba presionando con insistencia sobre lugares blandos. Estaban mejilla con mejilla y era agradable, pero ella se preguntó, como en una ensoñación, si podría atarle a su silla algún día. Suspiró y pasó los dedos sobre los músculos tensos de su cuello. Esperaba que estuviera siendo reconfortante. No tenía ni idea de cómo ser sumisa. Él pasó los brazos a su alrededor y siguió trabajando.

—Si tengo que cerrar la fábrica, la gente se irá a otras y mandará también a sus hijos. Si pierdo el hipódromo, brutos como los Brummagemts tendrán algo de control sobre él. Si dejo que los Sloggers puedan conmigo, no quedará nadie para plantarles cara y los hijos que no estén en las fábricas estarán en una banda callejera por solo un penique o dos.

Se recostó sobre su hombro para no tener que mirarle a los ojos. Ya simplemente el peso de cuidar de su padre había amenazado con hundirla durante mucho tiempo. Él se sentía responsable de cientos de personas, ¿y por qué? Ellos no conocían al verdadero Isaiah Chance. Le veían como un hombre que debía ser respetado, a lo mejor incluso temido. Su voz se quebró.

—Les daré todas las oportunidades que pueda. Por la oportunidad que nos dieron a nosotros. —Después habló—: Úsame —dijo, con la voz ronca por la emoción—. Dame órdenes. —Sus ojos eran del color azul del hielo y su mirada la dejó clavada durante un instante. Sus pupilas parecían una ventana a su misma alma, algo oscuro y profundo. Eso era algo que ella podía darle.



—Vuelvo ahora mismo —dijo, levantándose y dejando la habitación. Él escucho movimiento y unas maldiciones silenciosas, incluso un golpe seco.

Llevaba el corsé sobre la camisa. Unas botas de cuero altas terminaban en una extensión de piel cremosa. Su corsé estaba ceñido, pero era él quien no se sentía capaz de respirar. Ella avanzó hacia él. Belle, la preciosa Belle, resplandeciendo con calma y seguridad fiera. Una polla de metal brillaba frente a ella, atada con fuerza con cordones de cuero.



Brigid le tomó en sus brazos, lamiendo su cuello arriba y abajo mientras él respiraba con dificultad y se retorció. Ella aprendió los filos de su deseo, su textura. *Firme*. Todo lo de él era firme. Sus piernas eran musculosas y suaves. Su ceño, normalmente tan severo, ahora era completamente dulce y flexible. Ahora, su espalda se curvaba débilmente, su respiración se entrecortaba. La suavidad de ese sonido era tal que prácticamente estaba maullando. Podía ayudarlo a suavizarse. Disfrutaba de ello: de lo gruesos que eran sus labios, de la anticipación jadeante de su beso. Sus ojos estaban cerrados y sus largas pestañas descansaban suavemente sobre sus mejillas. Este hombre era un sueño absoluto, era perfección pálida.

El pelo de su pecho era como polvo esparcido sobre él. Su cabello, rígidamente engominado, estaba cayendo en rizos gruesos.

—Belle —dijo, y ella sintió su centro humedecerse con floreciente placer. Él se frotó contra ella, y la base de la verga de metal produjo una fricción dulce contra su dolorido clítoris. Él abrió sus ojos de párpados pesados y se lanzó desesperadamente contra sus labios.

—Eres precioso —respiró ella contra su piel.

Isaiah podía pensar que esto era para él, pero en realidad esto era para ella. *Dios*. Fijó su boca en la curva de su cuello y cerró el puño alrededor de su pelo. Sus uñas cortas rasparon su pelo rapado. Intentó concentrarse, moviendo las caderas en incrementos precisos. Los pequeños pulsos estaban aumentando. Cerraba los muslos con fuerza con cada embestida. *Es algo bueno que esta verga esté hecha de metal. Me faltan dos segundos para correrme.* Tembló silenciosamente a través de un pequeño orgasmo. Isaiah estaba gimiendo de una forma tan bonita. Posó besos sobre sus hombros y él se arqueó hacia sus manos. Le rodeó la cintura con uno de sus brazos, levantándole contra ella. Por fin, por fin, podía acariciar su cálida longitud. Se chupó la palma de la mano y movió la saliva húmeda sobre su erección sin perder el ritmo tras él. Chocó contra él y, mientras él se corría en su mano, duro y caliente, su cuerpo latió en respuesta y se corrieron juntos.



Isaiah hizo un gesto de dolor cuando ella salió de él. No le había martillado. No estaba seguro de qué había esperado. Había sido tan amable, tan firme, y ahora estaba abrazándole. Sintió cómo le veía, cómo lo sabía, y sus dedos siguieron su mirada. Había adorado cada segundo pero después estaba vacío y dolorido. La quemazón de la dulce extensión seguía allí y, después de que las manos reconfortantes de Belle le limpiaran de arriba a abajo con un paño húmedo, solo sintió calidez. Todavía estaba tirado sobre la cama cuando ella se inclinó sobre él y tocó su frente con la suya.

—¿Todo bien? —susurró.

Él besó su sien húmeda en respuesta, respirando su aroma.

—Gracias —dijo, y se encontró expuesto. Estaba acostumbrado a hacer que el mundo hiciese lo que él quería pero, ¿era esto algo más que él había organizado? Aunque los labios hinchados por los besos de Belle y sus mejillas sonrosadas solo contenían placer.

—Eres hermoso cuando te corres —dijo. Isaiah se sonrojó profundamente.

—¿Y tú?

Belle le mostró una sonrisa gatuna.

—Me he corrido dos veces, guapo. Tanto monta —le guiñó el ojo—, sí que monta tanto.

Isaiah alargó el brazo y ella se dejó caer sobre su pecho, acurrucándose en sus brazos. Él acarició su espalda y algo floreció entre ellos. Pasaron la tarde así entre la tintineante luz de las velas, mirándose a los ojos profundamente.



Isaiah se había dormido hacía más de una hora y la vela hacía tiempo que se había apagado. En la tenue luz que entraba de la calle podía ver una vena sobre su párpado izquierdo, sobresaliendo de color azul. Besó ese punto. Sus cejas necesitaban ser besadas también. Sus párpados temblaron, pero no se despertó. Ella se sentía como el acero, doblada una y otra vez, con capas cristalizándose en su interior. Isaiah Chance la estaba convirtiendo en algo nuevo.



Isaiah la observó vestirse, vio cómo sus dedos hábiles abotonaban su chaleco y ataban los cordones de sus botas. Le dolía pero no le quemaba; Belle le había preparado demasiado bien como para que eso pasara. La pura aptitud de sus manos le excitaba profundamente. Estuviera trabajando con el metal o trabajándole a él, lo hacía todo con tanta firmeza. Se sentía tan atraído por ella a todos los niveles. No eran sus ojos azules o sus labios rosados, era su ceño firmemente fruncido. Era el modo es que sus labios prácticamente no se movían cuando él hacía algo que le gustaba.

Quería su aprobación más que cualquier otra cosa. Y, de algún modo, un milagro entre milagros, la tenía.

—¿Cómo sabes dónde clavar la herradura, dónde limar? —le había preguntado una vez.

—Observo al animal. Sigo la línea de su casco, los lugares del cuerpo donde se acumula la tensión. El modo en que se mueve.

Isaiah lo recordaba. Había estado tentado de alargar su paso, de ser prepotente y aparentar. Ya entonces había sabido que su aprobación era algo valioso, algo que él deseaba.

Se sentía como un impostor en ese momento. Jugando a ser el gran jefe. Esta mujer podía hacer que se arrodillara. Literalmente, de hecho. Se sentía tan lleno y después tan vacío. *Belle me deja ser alguien que no es el jefe... Es la única a la que puede que le guste más de ese modo. A lo mejor... Ahora estaba poniéndose melancólico.*

Apartó la vista, haciendo números en su cabeza. *Si Jenny gana en la pista, si vendemos ese cargamento de carbón... Podría ser suficiente. Necesito que sea suficiente.*

Tomó su brazo mientras salían a la oscuridad de la noche. Era una escena habitual, dos muchachos dirigiéndose a casa tarde desde el bar. Con la gorra bien encajada, a lo mejor nadie le reconocía. Belle, con el pelo tan luminoso, brillaba incluso en las calles oscuras. Pero había silencio en Birmingham tan tarde. Se quedó quieto. Estaba demasiado silencioso. Conocía todos los sonidos y de dónde venían. Miró a su alrededor. Si no hubiera estado tan mareado por la lujuria quizás se hubiera percatado de las dos docenas de figuras antes de que les rodearan. *Sloggers*. Apretó el brazo de Belle y se puso en guardia.

Capítulo 9

Isaiah sabía que los Sloggers estaban robando a gente en la calle, pero normalmente no se atreverían a probar su suerte con él. Sin embargo, estos muchachos, hombres y niños, les estaban rodeando con un propósito. Podía sentir a Belle a su lado, pero su vista estaba en sus futuros atacantes. Les cercaron.

Isaiah no tenía un arma, pero había pasado años como el chico más delgado en Cheapside y no había olvidado cómo defenderse solo con los puños. Belle se movió tan rápido como él, claramente acostumbrada al combate. Estaba haciendo girar algo y él casi se atragantó de la risa. Esa porra se parecía sospechosamente al miembro pesado de metal con el que le había follado, metido en un calcetín. Los Sloggers llevaban cinturones con hebillas pesadas que lanzaban con entusiasmo sobre sus víctimas. Levantó el brazo y atrapó el cuero con él, la hebilla golpeando su muñeca dolorosamente mientras tiraba de su atacante.



Brigid estaba tratando de encontrar un modo de salir del círculo y fracasando. Sus peleas normalmente eran escaramuzas, un arañazo de gata para permitirle escapar más que una pelea de verdad. Sin el elemento de sorpresa de su parte no tenía ninguna ventaja o fuerza. Pero sabía de anatomía y movió su porra con precisión, haciendo caer a los hombres en un sueño instantáneo. Salió volando cuando la balanceó con demasiado entusiasmo y sacó su navaja. Conforme dirigía la pequeña hoja hacia los laterales de las rodillas, no pudiendo alcanzar los tobillos, los hombres se desmoronaban con un grito agudo y corto. Silencioso, pero no mortal.

El luchador que iba tras ella ahora era un chico de unos once o doce años, nada parecido al rufián con experiencia que había esperado. Pero cuando dudó, el pequeño tipo le dio un puñetazo en los riñones con un puño americano que la hizo doblarse. Isaiah le dio sin dudar en el brazo y cuando dejó caer su arma Isaiah le rugió a la cara. Le rugió de verdad, con la saliva volando. El chico se dio la vuelta y salió corriendo.



Isaiah sentía algo de compasión por los gánsteres. Tommy Gilbert acababa de cumplir catorce años y si él no hubiera tenido a Mags cuando era un niño, a lo mejor hubiera acabado igual. Pero hacían daño a la gente. Y no solo unos a otros, peleándose en las calles. A *inocentes*. Era raro ver a la novia de un gánster sin moratones. Isaiah no tenía paciencia para esas cosas. Ahora estaba hecho una furia, gritándole sin palabras un desafío a cualquiera que le enfadara. Todos los luchadores se fueron, perdiéndose entre la multitud. Se volvió hacia Belle y le ayudó a levantarse.

—¿Algún daño?

—El suelo es bueno y está limpio —dijo sonriente—. Me he caído en sitios peores. —Estaba siendo generosa y su sonrisa parecía un poco forzada. Isaiah resistió la tentación de frotarse la mano en el abrigo.

—Ven —dijo con brusquedad. Ahora tenía que ser Isaiah Chance. La suavidad no la mantendría a salvo—. Tomaremos algo en mi local. Ya es hora de que conozcas a mi hermano.



Brighid no estaba segura de qué esperar del hermano mayor de Isaiah, pero el hombre tras la barra del King & Castle era claramente un Chance. A sus ojos, Sidney se parecía mucho a Isaiah pero era más alto, más fuerte y con unas cejas impresionantes y un bigote verdaderamente horrible. Sus ojos estaban cansados y no estaba fingiendo su estoicidad. El ceño fruncido parecía estar tallado en su rostro.

—Solo una pequeña disputa —dijo Brighid alegremente cuando Sid presionó a Isaiah para obtener respuestas. Aun así, Sid se preocupó por el corte en la frente de Isaiah como una mamá gallina, lo limpió con un licor marrón e inspeccionó las manos de Belle con cuidado buscando huesos rotos. Brighid, por su parte, convenció a Isaiah de que se sentara en una silla y sujetó un pañuelo lleno de hielo sobre el chichón que crecía sobre su ojo.

Sid fue a buscar más hielo y Brighid se llevó a Isaiah al cuarto privado con cristaleras para hablar con él. Le cogió la cabeza entre sus manos y se puso de puntillas para besarle la sien.

—Sé que eres un cabrón duro, pero yo también lo soy. Y no necesitas ser duro cuando estoy aquí. Lo tengo cubierto. Te tengo cubierto.



Isaiah sabía bien que pegaría a cualquiera que se acercase a él con su puño de trabajadora del metal, aunque tuviese mejillas de porcelana y pelo dorado.

—Mi corazón —le dijo ella con suavidad—. Ahora eres mío y no quiero ser descuidada contigo. —Isaiah sintió aquello en sus huesos. Belle no era descuidada con nada. Sus tirabuzones dorados brillaban a la luz de las velas. Era etérea y fuerte. *Blanca como la leche y roja como la sangre*, como un cuento de hadas hecho realidad—. Ahora sal ahí fuera y ten con tu hermano la conversación que está deseando tener. Yo voy a casa a ver a mi padre. No te preocupes —sujetó su porra una vez más—, puedo cuidar de mí misma. —*Gracias a Dios que no había dejado eso tirado en la calle.*

—Sé que puedes —dijo en su cuello—. Gracias por cuidar de mí hoy.

—Cuando sea. —Parpadeó mirándole a la cara—. ¡Adiós, Sidney! —dijo mientras salía del bar.

Isaiah salió de la habitación, avergonzado, y volvió a su banqueta. Sid le lanzó una mirada con sus ojos pequeños y brillantes. Se inclinó sobre la barra, aunque eran los únicos que estaban allí. Cuando los hermanos Chance querían hablar todo el mundo se esfumaba.

—Bell parece estar pisoteándote un poco. A ti, de entre todas las personas. ¿No es eso algo...—Sidney dudó— humillante?

Isaiah se puso rojo como un tomate. A decir verdad no había pensado que debiera estar avergonzado, no había sido otra cosa más que una criatura de sensaciones puras durante semanas. Pero, bajo la mirada de su hermano, se encogió. La verdad era que le gustaba que Belle tomase decisiones por él. Él ya tenía bastante con lo suyo. Ella era exactamente lo que necesitaba: alguien que hiciera no solo el trabajo, sino que tomase el peso de las decisiones que él llevaba. Por supuesto, no podía decirle eso a Sidney.

—Eso es lo que parece cuando me apoyo en alguien, cuando de verdad me apoyo en alguien. Chance Brothers Limited es una democracia y todos nosotros somos iguales.

—¡Cómo si la mitad de la ciudad no fuera tuya! La gente habla de los hermanos Chance, pero quieren decir Isaiah Chance.

—Sid...

—No necesitas rebajarte para que yo me sienta mejor —dijo Sid en voz baja—. Sé que no he dado un paso adelante como tú. Sé que después de la guerra tuviste que hacer un gran papel, pero no necesito que me hagas sentir como el hermano mayor.

—No hay un buen modo de decir esto, Sid, así que simplemente voy a decirlo. —Sid estaba limpiando un vaso, pero sirvió un whisky solitario para Isaiah. Sin un brindis, y normalmente Sid buscaba cualquier excusa para beber con un amigo—. Le he ofrecido a Bell entrar en el negocio.

—Ni de coña.

—¿No lo apruebas ni de coña, o ni de coña, porque no es una Chance?

—No es eso —dijo Sid, mirándose los zapatos—. Solo hay tres Chance reales y todos los demás en nuestro clan han sido amigos antes. La familia es quien eliges. Es solo que creo que está escondiendo algo. Y se supone que yo tengo que ser tu mano derecha. —Sid levantó la vista cuando registró las palabras de Isaiah—. ¿Una Chance?

—Hemos estado haciéndolo como conejos —admitió, y la cara de Sid se iluminó con una sonrisa. Miró con intención a las puertas por las que Belle se había ido, después a Isaiah y

finalmente se rio y le dio una palmada en la espalda. *Dios, he echado de menos su risa.* Isaiah encendió un cigarrillo a hizo un gesto categórico—. Es Brighid Bell, Belle para ti y para mí y, que me jodan, creo que voy a casarme con ella.

Sid rugió.

—Ya está, vamos a celebrarlo. —Descorchó una botella con los dientes. Le dio un manotazo a la barra gastada, chocó su vaso contra el de un sorprendido Isaiah y se lo bebió de un trago.

—Me alegro de verte sonreír, hermano —dijo Isaiah con voz grave.

—Simplemente estoy contento de que no me estés reemplazando. —Sid estaba rellenando su vaso—. Y ya era hora de que alguien te montara.



Brighid metió por un callejón hacia su casa, donde su padre estaba sentado en el pequeño alojamiento arreglando trozos de cadena. Había sido joyero en su tiempo y uno bueno, trabajando el metal con una delicadeza que ella envidiaba. Ahora su vista era tal que no reconocía sus alrededores, por lo que Brighid estaba agradecida viendo como sus habitaciones se volvían cada vez más desgastadas. Tenía un temperamento gentil, su padre, pese a haber nacido en los bajos fondos.

La luz emanaba de la pequeña ventana grasienta. Su padre estaba despierto. No podía ver mucho solo con la luz de la lámpara, pero estaba esperándola. Se apresuró, levantándose el cuello contra la humedad. Miró con cariño a la casera, que estaba bajando las escaleras con un bol y una cuchara.

—Ya ha tomado la cena, tú no te preocupes —dijo.

La señora Kimball siempre trataba a Brighid como una amada hija, sin importar cómo vistiera. Tenía una jauría de hijos, además de sobrinos, y cada superficie plana de la casa estaba cubierta de fotos.

—Brighid querida —dijo su padre desde su silla en la esquina—. ¿Algo de lo que informar?

—Nada fuera de lo normal —dijo. Midió su medicina y se la llevó—. Puede que tomemos chuletas de cordero la semana que

viene si consigo este trabajo —continuó sin darle importancia—. Los hermanos Chance están buscando socios.

—¡Bien hecho, mi niña! —Sonrió—. A lo mejor podemos ir a las carreras.

—Quizás —acordó.

Capítulo 10

Cuando Brighid bajó las escaleras de la casa de huéspedes aquella mañana, Isaiah estaba esperándola.

—Ven a dar un paseo hasta el hipódromo conmigo —pidió.

Ella le tomó del brazo voluntariamente. Ella, que necesitaba la sensación de piel sobre piel, estaba emocionada por sentir la lana azul del traje de Isaiah contra su manga de tweed. Pasearon por las calles empedradas y un pequeño parque y les dejaron pasar con un asentimiento por la puerta que decía «DIRECCIÓN».

Podía oler el aroma a sidra de las manzanas en descomposición tiradas bajo los árboles. Una nota verde y yerbosa impregnaba todo el lugar y sintió el sol en la cara como algo nuevo, haciéndola sentir dulce y sumisa. Una pieza más encajó en su lugar. Esa oficina aburrida era Isaiah, pero también lo era esto, la luz del sol y las manzanas. Podía ver un futuro revelándose despacio, con Isaiah a su lado. Alguien que tenía unas raíces tan fuertes en el lugar y en su gente que no había una sola fuerza en el mundo que pudiera apartarlo. Miró a los árboles pensativamente. *Podría ser agradable tener raíces.* Se volvió hacia Isaiah con una sonrisa en los labios, pero él estaba mirando a lo lejos y su rostro parecía cubierto por una nube de tormenta.



Isaiah no había dado permiso para que ningún jockey sacara a Jenny pero ahí estaba, su Jen de Yorkshire, corriendo como el viento. Observó al jockey con los ojos entrecerrados. *Eso son... ¿trenzas?* La que estaba en la pista era Gracie, dando vueltas a su alrededor como un demonio. Llevaba casco y Jenny estaba bien ensillada, pero Isaiah tenía el corazón en un puño. Era tan pequeña.

Las dos lo eran, ambas tan jóvenes. Sus manos fueron al cuello de su camisa, poniéndolo recto, sacudiéndose el abrigo, ajustando sus gemelos. Cuando llegaron a la última curva vio cómo Jenny empezó a deslizarse y no hizo ningún ruido cuando cayeron. Ni siquiera respiró. Después empezó a correr. Estaba pasándole a Gracie las manos de arriba abajo antes incluso de que Belle les alcanzara. Estaba jadeando, pero le dio una palmadita en el hombro antes de atender a Jenny.

—¿En qué estabas pensando? —le susurró a Gracie—. No somos invencibles.

Gracie estaba bien. *Gracias al cielo*. Isaiah se volvió hacia Belle, que todavía estaba tranquilizando a Jenny con gentileza. Su corazón aún seguía en un puño. Belle parecía seria pero tranquila.

—Haz que tus hombres la levanten. Dale con cuidado una dosis de láudano. Si le das demasiado se hará daño, si no le das suficiente le dolerá. No sé si tolerará el descanso en el establo. Pero sus corazones necesitan moverse, ese es el problema. Podría salvarla ahora y podría morir en seis meses. Podría colapsar.

—Puede que tengamos que colgarla. Los caballos son animales grandes, las otras patas podrían tener problemas con el peso adicional. —Con esa contribución se ganó un asentimiento de aprobación de Belle. Su corazón estaba latiendo con fuerza, pero ese gesto aligeró el pitido de sus oídos.

—Eso es lo que hacemos en Cheapside —dijo Gracie desde el regazo de Isaiah—. Cargamos con el peso cuando uno de nosotros cae.

—Eso es exactamente. —Isaiah depositó un beso en su cabeza. Gracie sonrió, disfrutando de la atención. Quizás algo de lo que decía empezaba a hacer mella en ella después de todo.

—Esta debe ser Grace Chance —dijo Belle—. Arthur Bell, herrero.

Gracie le lanzó una mirada más grande de lo que ella era.

—Isaiah habla muchísimo de ti.

Belle simplemente sonrió ante un ataque que seguro que había hecho caer a hombres inferiores.

—También habla muchísimo de ti.

Entonces Gracie se acurrucó contra el abrigo de Isaiah y se quedó dormida, toda esa emoción había sido demasiado para ella.

—Yo me encargaré de Jenny —susurró Belle—. Déjame a mí. —Eso último lo dijo con un guiño, chica descarada.

Isaiah se levantó con Grace en sus brazos, besó a Belle y caminó hacia su casa. Por una vez se sentía perfectamente tranquilo dejándolo todo en manos de otra persona.

Sidney estaba menos tranquilo. Estaba caminando de un lado para otro cuando Isaiah entró en casa.

—He venido corriendo... —Isaiah le hizo bajar la voz—, he venido corriendo desde el King & Castle. Boothby me llamó desde el hipódromo.

Isaiah sujetó a Grace, que aún dormía, para que la inspeccionara. Sidney le soltó el casco, la miró de arriba abajo y después se dejó caer en el sofá. Posó la cabeza sobre las rodillas y respiró profundamente unas cuantas veces. Normalmente Isaiah le hubiera ofrecido algo de beber pero tenía las manos ocupadas.

—Estamos bien, Sid —dijo en una voz que esperó fuera tranquilizadora.

—¡Podría haberos perdido a los dos hoy! Estáis locos por los caballos. Esto se acaba ahora. Los Sloggers pueden quedarse con el hipódromo si quieren, y con los caballos, y menudo alivio.

—Espero que no lo digas en serio —dijo Isaiah.

—No lo sé. —Sid estaba caminando sin parar otra vez—. Trae, dámela, la meteré en la cama. Será mejor que no me una a ti para beber.

De ese modo, con todas sus responsabilidades delegadas, Isaiah caminó hacia el King & Castle.

Isaiah daba ese paseo a menudo, de la pista al bar, pero hoy, con sus nervios expuestos, cada golpe de metal, cada sonido de vapor, le hacía saltar como un potrillo asustadizo. Se sentía despellejado, expuesto. Abrió las puertas dobles que daban entrada al bar y la humedad fresca se depositó con pesadez sobre su piel. Su amada tía estaba tras la barra, bebiendo ginebra con Victoria. *Querida vieja Mags*. En realidad no tenían lazos de sangre, Mags vivía al lado de sus padres hacía tiempo, pero cuando encontrabas una familia te aferrabas a ella. Victoria se levantó para hacerle un té.

Él le dio un apretón de manos en agradecimiento cuando se lo trajo. Si notó que sus manos estaban temblando, no dijo nada.

—Le estoy fallando, Mags. He estado tan concentrado en eso de los Sloggers... —dejó de hablar. Últimamente tenía un montón de razones por las que cogerse la cabeza con las manos.

Su tía apretó los labios y apagó su cigarrillo largo.

—Respira. Bebe. —Isaiah dio un trago a su té obedientemente. Mags siguió hablando en ese tono tranquilo—. Yo solía escuchar a través de las paredes. —Mags sonrió, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos—. Sé cómo debió ser tu niñez. Sé que Gracie está mejor contigo.

—La gente resulta herida cuando pierdo la concentración. Tengo que ser perfecto, no puedo dejar que la oscuridad nos trague.

Victoria suspiró.

—Isaiah, a lo mejor la gente simplemente sale herida. A lo mejor es así como es la vida y no tiene nada que ver contigo, tonto cabrón. —La mirada de Vic era brillante. Isaiah chocó su taza contra su vaso, agradecido.

—Así que... —Había gris en los rizos negros de Mags, pero sus pómulos eran impactantes y sus cejas como cortes de cuchilla. Apretó los labios y pidió demasiado casualmente—: Háblanos de Belle.

Isaiah gruñó. *Sidney y su boca.*

Capítulo 11

—Ahora doy por iniciada esta reunión de la compañía Chance Brothers Limited. —Miró alrededor de la barra. Él estaba de pie y todos los demás estaban sentados en banquetas (Mags) o despatarrados en sillas (Victoria). Eran sus más leales aliados, su familia. Boothby. Sidney. Grace. Brighid, su Belle.

—Primero, por favor demos la bienvenida a nuestros nuevos miembros, Grace Chance y Arthur Bell. —Gracie parecía sobrecogida. Belle le lanzó una mirada que le dejó clavado al suelo.

—Perdón, Brighid Bell. Belle para todos vosotros. —Belle asintió a todo el mundo. Mags escribió algo en sus notas. Isaiah continuó—: Quiero hablar con vosotros sobre lo que ocurrió ayer. Quiero que sepáis por qué no voy a ir a la guerra con los Sloggers. Si ese es el único modo en que sus familias pueden sobrevivir, no les culpo. Estoy seguro de que a sus padres no les provoca ninguna alegría que sus hijos estén arriesgando sus extremidades y sus vidas en las fábricas. Pero si puedo darles un empleo rentable, en algún lugar en el que estén a salvo y valorados, debo hacerlo.

»Estamos rodeados. Los Blinders, los Sloggers, los Brummagem. Los Chance no son una banda callejera, por mucho que llevemos navajas. Somos una familia. Solo estamos intentando agarrarnos a nuestro pequeño rincón de Birmingham.

»Nuestro padre no cuidó de nosotros. Pero Cheapside nos crio. Todas las manos amigas, todas las comidas de las que casi no se podía prescindir. No las olvidaré. Y pagaré mi deuda completa. — Su vista estaba fija en Mags.

—Deberíamos arrancarlos de raíz —murmuró Sidney.

—Eso suena terriblemente como una guerra —le reprendió Victoria.

—He conocido hombres violentos. Nuestro padre era violento. Yo no lo soy. Trabajo muy duro para no serlo. —Miró a todas las caras, aliviado por no ver nada de miedo. Continuó—: He visto bastante violencia y barro para varias vidas. Os lo he dicho. No empiezo peleas.

—Las terminas —dijo Belle con suavidad.

—Los Sloggers irán a por el hipódromo. Tenemos aliados en la policía pero, más importante, tenemos a sus madres, sus mujeres, sus novias... dispuestas a retenerlos en casa ese día.

»Belle se ocupará de los caballos. Boothby se ocupará de los jockeys y los mozos de cuadra. Victoria y Grace se ocuparán de los espectadores. ¿Entiende todo el mundo su tarea? —Rostros solemnes asintieron—. Mantendremos nuestro lugar con un mínimo derramamiento de sangre. Si hace falta, dejaremos caer el hipódromo. Vosotros sois lo que me importa. Todos vosotros. —Levantó su vaso—. Reunión finalizada.

Isaiah caminó hasta la barra y dejó su vaso, aún casi lleno. Whisky. No tenía que bebérselo solo porque lo habían servido para él. ¿No era esa la razón de ser Isaiah Chance, jugando a ser el jefe todo el tiempo, que pudiera hacer él las reglas?

—Hermano —dijo Sidney tras él, con una pizca de agresión en la voz. Isaiah se forzó a soltar el vaso. *El control no me está ayudando ahora mismo*. El control le mataría si no aprendía a delegar—. ¿Alguna vez pensaste que estaba preparado? —preguntó Sid—. ¿Preparado para dejar de pelear, para dejar de poner excusas? He obtenido beneficios todos los meses desde que abrimos. Me he limpiado, Isaiah. No diré que soy un santo. Pero estoy preparado, he estado preparado. Preparado para ser un lugarteniente leal.

Isaiah miró a su hermano con ojos nuevos. Sí, estaba jadeando, pero su abrigo estaba cepillado y su piel estaba limpia y su pelo incluso podía haber conocido un peine. Hasta se había afeitado el maldito bigote.

—Sabes que confío en ti, Sid. Cuando todo esto haya acabado, hablaremos sobre tu futuro en la compañía. Estoy orgulloso de ti. Pero esto no era sobre ti.

Isaiah miró a su alrededor. Belle estaba hablando con Victoria y Mags y se reía de las bromas de Boothby, lo que tenía que costarle un esfuerzo. Si algo calmaba la mente de Isaiah, era el cuidado que les estaba mostrando a aquellos que él quería. Quería que Belle fuera parte de su clan. La quería en su cama para siempre. Se sentó en silencio entre el murmullo agradable, dejando que los sonidos felices le envolvieran.

—¿Te veré esta noche? —le preguntó a Belle cuando se iba.

—Tarde —susurró—. Tengo cosas que hacer. —Le apretó la mano y salió, diciendo adiós con la mano a todo el mundo.

Victoria se acercó a Isaiah.

—Es bueno verte feliz —murmuró—. Puedo encontrar dinero en cualquier rincón, pero encontrar un amigo es más raro. —Le abrazó repentinamente, e Isaiah estaba más reconfortado de lo que había esperado.

—¿No estás enfadada? —susurró. No había ido a verla en semanas.

—Me retiré hace varios años, si hubieras querido darte cuenta —rio—. Mantuve un hueco libre para un viejo amigo. No creo que lo necesites más. —El rincón del mundo que Isaiah controlaba tanto estaba deslizándose bajo sus pies. *¿Quién hubiera dicho que podía apoyarme en la gente todo este tiempo?*

Brighid amaba a los caballos. ¿Cómo podía no hacerlo, con su trabajo? Pero nunca había esperado tener un caballo propio. No la dejaría ir sin pelear. Sí, Isaiah la quería, pero Brighid también la quería. Jenny era juguetona pero paciente, y tan cariñosa.

Jenny debía haber oído a Isaiah en el pelo de Brighid porque se acercó a ella tan rápido como hacía con él.

—Buena chica —dijo Belle de forma tranquilizadora—. Vamos a dar un paseo.

Aunque los canales estaban cerca de las oficinas de Chance Brothers Limited, Brighid no solía caminar por allí. Por la noche prefería calles más transitadas. Pero ahora, en la oscuridad bajo un rayo de luz de luna, caminó con la yegua hasta el canal, dando pasos con cuidado por la cuesta.

Guiándola del cabestro, Brighid hizo que Jenny caminase con cuidado hasta el agua fría, pasando sus manos por el cuello y la espalda de la yegua.

El agua del canal casi no ondeaba. Jenny se quedó quieta, negándose a moverse hacia el agua más profunda. Brighid le cloqueó con suavidad.

—Vamos, camina —dijo, tirando de la yegua hasta que estuvo cubierta hasta las caderas. El agua le llegaba a ella a las costillas, pero apretó los dientes e hizo que la criatura caminase adelante y atrás, dejando que el agua sostuviese el peso de Jenny. Estos canales eran el dominio de Isaiah pero él no la había llevado allí, se había colado.

—¿Todo bien, Belle?

Brighid se sorprendió. Ese era Boothby, gritándole desde una barcaza que ella había creído amarrada. Podía ver la llama diminuta de su cigarrillo.

—Todo bien, Boothby.

—¿Qué estás haciendo?

—Tratamientos de agua fría. Necesita andar un poco para que la pata aprenda a llevar peso. —Se sentía expuesta, con sus ropas pegadas al cuerpo, guiando un animal mojado arriba y abajo por una rampa.

—¿Funcionará? —dijo Boothby, con el mismo tono curioso que usaba para todo.

—La curaremos —respondió Brighid, y puso todo el peso de su autoridad tras esas palabras. Boothby apagó su cigarrillo.

—Entonces sigue, Belle, estoy seguro de que eres la que mejor lo sabe —gritó. Se cubrió los ojos con su gorra de fieltro y aparentó quedarse dormido.

Frotó a Jenny y la devolvió a su cabestrillo. Le iría mejor con más ayuda, pero Jenny era una buena chica y se movía cómo Brighid se lo pedía. La lesión no estaba caliente y solo implicaba tejidos blancos. Un primer esfuerzo prometedor. Terminó de secar a Jenny y la guio a su compartimento. Tenía más recados que hacer esa noche.

Brighid se movió de prisa por las calles. Sintió una mirada puesta en ella pero pensó que era protectora. Así debía ser cómo

Isaiah se sentía todo el tiempo. Era agradable.

Capítulo 12

Isaiah se desvistió como hacía todas las cosas: con cuidado. Usó un cepillo de cerdas de caballo en su abrigo, colgándolo en una percha. Sus pantalones y su camisa recibieron el mismo tratamiento antes de que los doblara hábilmente sobre el respaldo de una silla. Soltó el cuello manchado y guardó su broche de oro en una pequeña caja de interior de terciopelo junto con sus gemelos. Tenía dos camisas, una con rayas grises y otra más nueva, con rayas verdes.

Sacó un cuello limpio del cajón. El ritual le calmaba. El sonido suave del cepillo sobre la tela. Su abrigo estaba un poco pasado de moda, pero adoraba la sensación del cuello de terciopelo contra su cuello, la cintura estrecha que le rodeaba con seguridad.

Un golpe en la puerta le sorprendió. Nadie llamaba a su puerta y sus hermanos ni siquiera estaban en casa.

Belle estaba allí, temblando y mojada. No le dejó preguntar, simplemente pasó a su lado y empezó a desvestirse.

—He ido a ver a Jenny —dijo—. Estará bien. Se está curando bien. Isaiah. Estará bien. —Al oír eso Isaiah se dejó caer sobre la cama con la cabeza entre las manos.



No había espacio suficiente en la estrecha cama para los dos. Sus pies debían colgar por el final del pequeño catre. Para ser el gran jefe de Warwickshire, sus aposentos eran de todo menos majestuosos. El papel de pared tenía manchas de humo, el espejo sobre la cómoda estaba roto y manchado. Había un frío en el aire que se posaba sobre su piel mojada. Pero en la privacidad de su pequeña habitación se sentía capaz de revelarse a sí misma.

—Tengo algo para ti —dijo él. Había visitado la fábrica de vidrio, y ahora le ofrecía esperanzado el paquete envuelto en terciopelo.

Brigid abrió el extraño paquete. Era un buen trabajo, una cabeza de cristal claro con vetas azules que terminaba en una base ancha.

—Lo enseñaré con orgullo —declaró.

—Preferiría que no lo hicieras. —Se sonrojó. Las pupilas de Brigid se expandieron. *Ohhhh*. Se lamió los labios.

Ya estaba calentándose. Allí estaban, completamente desnudos por primera vez bajo la luz tenue de la lámpara.

—Ponte de rodillas —dijo. Él se colocó al instante, conteniendo la respiración. Ella vertió un poco de aceite sobre la punta del cristal y dejó caer una mano para acariciar su estómago tenso. Hizo círculos alrededor de su entrada—. Respira —ordenó y, cuando su estómago se relajó, insertó el cristal en un movimiento fluido.

Isaiah la miró, lleno, y se levantó sobre sus rodillas para agarrar sus caderas, el entusiasmo haciéndole torpe. ¿Le gustaba que fuera delicado o brusco? Bueno, no importaba mientras él estuviera de rodillas. Ella se acercó a él y se sentó a horcajadas sobre su cabeza, sus largas piernas apretando mientras su boca se colocó sobre su entrepierna. Ella quería agarrar su pelo, largo por arriba y, cuando lo hizo, él soltó un grito suave. Acarició con un pulgar calloso la cicatriz delicada de su mejilla, justo sobre el pómulo. Él clavó su mirada en los ojos ella y ella se quedó sin aliento por ese contacto íntimo tanto como por su lengua, que ahora estaba trabajando sobre sus pliegues. Ese azul era el color del cielo aclarándose justo antes que el sol lo tiñera. Ese azul sería su perdición. Su clímax fue como si se dejase caer, las rodillas fallándole.



Isaiah estaba completamente asombrado. Ver cómo Belle se deshacía no se parecía a nada que hubiera conocido nunca. Había una conexión, una conexión profunda. ¿Era esto lo que les había

faltado a sus otros encuentros? ¿O era simplemente que no habían sido Belle?

—Inclínate sobre tu catre —pidió ella.

—Yo... no sabía que te gustaran ese tipo de cosas. Creía que te gustaba estar...

—¿Estar al mando? —Sonrió—. Lo estaré. Siempre estoy al mando incluso cuando estoy debajo.

Sintió un breve momento de pánico por la novedad de aquello. ¿Esperaba que actuara así, que fuera Isaiah Chance el jefe? Ella le sacó de su ensimismamiento.

—No hagas eso, cariño. Puedes ser sumiso conmigo. —Estiró sus dedos firmemente y después cogió su mano. Su palma áspera le relajó. Ella le tenía. No necesitaba agarrarse con fuerza a ella. Por una vez podía dejarse abrazar. Eso lo significaba todo para él. Eso era lo que le había atraído a Arthur Bell en realidad, antes de saber que Brighid existía. Sentía que le conocía. Y no tenía esa intimidad casual ya con nadie.

Isaiah pensó que Belle podría matarle perfectamente. Tenía una vista completa de su trasero redondo. Posó una mano cautelosa sobre su espalda.

—Sí —siseó ella—. Otra vez.

Isaiah empezó a moverse, perdido en su calor húmero.

—Para —dijo ella. Se levantó y acarició su pelo, sus hombros, calmándole. Se quedaron quietos, todavía unidos de forma íntima. Justo cuando pensaba que podía explotar de puro placer ella se separó de su polla. *Rechazado*. Sus muslos empezaron a temblar. Ella le empujó para que se tumbara sobre el catre. Sus talones colgaban por el final y su cabeza casi golpeó la pared. El bulbo de cristal descansaba pesadamente en su culo, moviéndose con él. Lo sintió tras sus testículos. Embestir dentro de ella era diferente a lo que había sentido con cualquier mujer. Podía hacer exactamente lo que quisiera pero él no estaba al mando. Era maravilloso.

Ella pasó sus uñas cortas sobre sus tensos muslos, inclinando la cabeza para lamer un pezón erecto. Él gimió. Ella rodeó la base de su polla con el pulgar y el índice, apretando y lamió la punta. Él casi se separó de la cama con aquello.

—Ven aquí —dijo Belle, caminando hacia su lavamanos—. Quiero que me folles, duro, y no podrás correrte hasta que yo lo haga. —La miró en el espejo roto mientras ella apoyaba las manos sobre la madera. Se sentía inacabado. No necesitaba actuar o pensar en su siguiente movimiento o en cómo se lo tomaría ella. Todo lo que tenía que hacer era quererla. Frotó y acarició y susurró. Y mientras embestía, acercándose a su descarga, pensó «Te quiero», su agujero tenso cerrándose contra su regalo. El descubrimiento le hizo parar. Sus testículos se tensaron contra su cuerpo. La tensión que le había definido durante casi una década estaba a punto de romperse.



El modo en que estaba embistiendo en ella, con sus ojos brillando, era como si ella fuera la única mujer del mundo. Como si ella lo fuera todo. Como si fuera bastante.

—Espera —dijo, con la respiración entrecortada. Y bendito fuera, paró. Ella respiró profundamente. Tensó sus músculos internos y fue recompensada con un ronco «Joder». Se apoyó sobre los codos—. Otra vez —dijo.

La mano de él volvió a las caricias. La mayoría de hombres se darían prisa, intentarían llevarla a su propia crisis con una velocidad frenética. Isaiah seguía su ritmo. Nunca le habían obedecido tan perfectamente. Estaba siguiendo instrucciones que ella ni siquiera había verbalizado, solo con su respiración y la curva de su columna. Su siguiente orgasmo estaba acercándose, amenazando con llegar con más fuerza de la que ella podría soportar.

—Espera —dijo otra vez, y él esperó con las manos en el aire, aunque besó suavemente su hombro. Podía ver el sudor en su frente, su pelo completamente despeinado. Se encontró con su propia mirada en el espejo. Estaba roja y jadeando, pero su mirada era triunfante. *Precioso*—. Otra vez...

Como un semental saliendo a la carrera, estaba sobre ella en el momento en que emitió un sonido, pero al mismo ritmo constante. Su corazón martilleaba. Estaba firmemente anclada a él, su cuerpo cubriendo el suyo y una mano manteniéndola estable en su cintura.

Su visión se llenó de estrellas cuando el placer llegó a su punto álgido.



Belle se retorció contra él, gimiendo sin vergüenza.

—Córrete para mí —dijo Isaiah mientras frotaba su centro suave como un pétalo. Por una vez, ella escuchó, corriéndose en espasmos alrededor de él. Él quería llorar. Quería cantar. Pero en lugar de eso, se corrió con tanta fuerza que casi hizo que perdiera el equilibrio. Isaiah fue a trompicones hacia la cama, decidido a mantenerse firme. Belle se acurrucó sobre su pecho, su estómago contra el suyo, con sus antebrazos musculosos acariciando sus flancos. Él suspiró cuando ella cubrió su polla atrapada con su mano, pero no hizo ningún movimiento más allá de ello. Besó su pelo mientras él se tumbaba lánguidamente.

Él sintió sus agitados nervios calmarse con sus atenciones amables. Isaiah normalmente dormía bajo un millón de mantas en una habitación sin calefacción. No es que fuera tacaño, simplemente le gustaba. Le recordaba a cuando era niño. Cuando estaba cubierto de edredones, el peso sobre sus hombros se aligeraba durante el tiempo suficiente para poder dormir. No bien, pero profundamente.

Pero una mujer era mejor que una manta. Belle en sus brazos al fin y no en un establo o en una oficina o en cualquier rincón de Birmingham excepto en su propia cama.

—Bésame —susurró ella. Y él lo hizo. Y en la confortable oscuridad, Isaiah fue más feliz de lo que había sido nunca.



Brigid se despertó de una noche que había pasado realmente durmiendo con alguien. *Qué extraño*. No le gustaba especialmente quedarse dormida. Conseguía placer, sí, y con habilidad, pero siempre dentro de los límites de su propio control. Este hombre le hacía querer rodar desnuda en un campo de flores silvestres. Este hombre le hacía gotear con necesidad. Más que eso, se sentía a salvo. Lo suficientemente a salvo como para ceder un poco de control. Lo suficientemente a salvo como para quedarse

dormida. Aún estaba apoyada en su pecho y, cuando le miró, él le frotó con la nariz. Ese hombre la hoció. ¿Cómo podía no enamorarse, si él iba a insistir en hacer cosas como esa? Posó sus labios sobre su frente en un agradecimiento silencioso. Él se agarró a ella, mientras ella le hizo subir para descansar contra su cuello. Se acurrucó adormilado contra su pecho y besó su cuello con suavidad. Su pequeño suspiro era tan poderoso como cualquier éter y sintió cómo volvía a quedarse dormida.

Tembló. El poder de sus manos no era su poder habitual, el puño de hierro con el que sujetaba la ciudad. Era amable. La delicadeza con la que la sujetaba tenía tanto control como cualquiera de los juegos de Brighid.

Capítulo 13

Isaiah normalmente se levantaba pronto, pero era el jefe. Si quería quedarse en la cama hasta tarde, susurrando con su chica, haría precisamente eso. No era un colchón cómodo pero ella estaba apoyada en su pecho y no había ningún lugar en el que preferiría estar más que allí, escuchando su suave voz.

—Mi madre nos dejó, me dejó a mí en realidad. Mi padre estaba trabajando en Londres por aquel entonces y yo acabé en las calles de Birmingham. Me abrí camino hasta Londres, aprendí un oficio, pero para cuando volví tú eras el rey aquí. —Brighid alargó la mano hacia la mesita de noche y él le pasó el vaso de agua que había allí. Ella tomó un trago y se lo devolvió, con una palmada sobre su muslo a modo de gracias. Continuó—: Empecé a forjar cuando ser carterista me falló. El siguiente bolsillo del que quise sacar una cartera, casi me hizo perder un dedo. Mis manos no son inteligentes, pero son fuertes y seguras y me han servido bien.

—Yo creo que son muy inteligentes —dijo, besando cada yema de sus dedos. Ella pasó esos dedos por su pelo y él suspiró contento—. Yo pediría tu mano —dijo.

—¿Qué? —contestó entre risas.

—Cásate conmigo —ofreció en un impulso.

—¿Matrimonio? —se mofó—. ¿Qué parte de mí te sugiere una novia virgen?

—Nunca te he pedido que fueras nada distinto a lo que eres.

—Isaiah, tú eres todo apariencias. Tu pelo, tus malditos zapatos. Tu esposa tendría que ser lo mismo.

—¿Qué sentido tiene entonces ser rey? Yo mando sobre esta ciudad. La compré y la pagué con sangre y nunca ha merecido la pena. Pero tú merecerías la pena.

—No soy un trato que puedas hacer.

—Puedo cuidar de ti —dijo con suavidad—. Déjame.

—¿Quién sería yo si te dejara? —dijo con enfado—. Ten por seguro que si quisiera ser como ellas, si quisiera ser una mujer mantenida, dependiente, lo sería. Pero no puedo —prácticamente sollozó—. Esa vida no es para mí.

—Necesito alguien en quien pueda confiar, no lo ves. Salí de las alcantarillas. No puedo volver a esa vida, no si tengo que darle ejemplo a Gracie. Pero podría cuidar de ti. Tu padre...

—¡Mi padre! Mi padre nunca me pediría que hiciera esto, por mucho que esté en un apuro.

—Tienes que entender que yo nunca hago esto. Crees que hago lo que quiero porque esa es mi reputación. Pero ese no soy yo. Esa es mi armadura. He tenido tres amantes, y tú eres la tercera. —Observó cómo ella absorbía aquello. Estaba claramente sorprendida, pero apretó la mandíbula y siguió hablando.

—No es solo que me guste el control, lo necesito. No quiero tu dinero o tu posición o tu apellido. No quiero ser Brighid. Ahora soy Belle. Si solo quieres una mujer con sombrero, una mujer que mime a la pequeña Gracie, entonces cástate con Victoria, por el amor de Dios. Agradecerá el descanso, estoy segura.

—¿Piensas que no te respeto porque no llevas vestidos?

—Incluso si me haces ponerme un vestido —su voz sonaba pequeña—, no sé qué hacen las madres, o las familias. ¿Cómo podría? —Se estiró—. No soy una dama, así que ahí no puedo ayudarte.

—¿Crees que solo estoy buscando a alguien que cuide de Gracie? —Su voz se rompió—. ¿Y qué tal alguien que cuide de mí? ¿No me merezco eso?

Ahora estaba furiosa, saltando sobre él como un guerrero.

—Nunca he pretendido ser alguien que no era. Soy una herrera. Soy forjadora. ¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a descartar eso? —Estaba llorando, con mocos cayendo por su cara y lágrimas gordas salpicando su chaqueta—. Si eso no es suficiente para ti, si no soy suficiente para ti...

Él se arrodilló a sus pies, mirándole a la cara. No sabía cómo arreglarlo. Posó sus labios en su cadera sobre los pantalones. Ella no dejó de llorar, pero apoyó una mano en su pelo.

Pero aun así, se puso su abrigo y se fue sin mirar atrás, aunque la postura caída de sus hombros le dijo lo suficiente.



Era hora de visitar a Jenny. La última vez que Brighid había mirado sus cascos prácticamente no conocía a Isaiah Chance, ¿pero ahora? Diez semanas desde que se habían conocido y Brighid prácticamente no le hablaba. No tenía nada que decir. Pero Jenny seguía necesitando que le limaran los cascos. Unos cascos largos solo supondrían un peligro para sus frágiles tendones. Brighid cuidaba de aquellos a los que quería. Si era sincera consigo misma, sabía que eso era todo lo que Isaiah estaba intentando hacer, pero ella quería que la quisieran por sí misma. Quería que la vieran. Quería ser parte de algo. Pasó una lima por el borde rugoso. Terminó en el patio, pero todavía no podía irse a casa.

Brighid se dio cuenta de que sus pies la estaban llevando hacia el King & Castle pero pasó de largo, dirigiéndose de vuelta al Bull & Steer. Se encontró a Mags sentada con Greta en la barra, bebiendo algo verde que olía a madera. Observó a la mujer mayor con apreciación. Mags también llevaba armadura: el cristal de sus pendientes y el sombrero puesto de forma severa proyectaban respetabilidad. Nadie podría mirar a las partes raídas de su cuello de piel con la vista de Mags puesta en ellos. Las pequeñas líneas alrededor de los ojos de Mags debían ser marcas de la risa, pero su expresión tenía un borde afilado, sus cejas finas arqueadas con expectación. Un dominante reconoce a otro.

—Le has cortado los cascos a Jenny —dijo Mags sin ningún preámbulo.

—Lo necesitaba —respondió Belle.

—Ven conmigo a un reservado —ordenó Mags. Greta trajo una botella de ginebra y dos vasos con hielo crepitando. Brighid le lanzó una mirada inquisitiva.

—Esto no es intimidación, cariño, somos viejas amigas —le aseguró Greta.

—Amigas íntimas, a que sí —contestó Mags con un guiño. Si había encontrado a Isaiah intimidante al principio, no tenía nada que

hacer al lado de Mags y sus labios fruncidos. La mujer parecía estar hecha de acero. Mags miró a Brighid con una ceja arqueada.

—Isaiah cree que es el jefe —dijo Mags—, y vamos a dejar que siga creyéndolo. Yo llevaba esta operación antes de que la guerra le hiciera un hombre y voy a seguir llevándola.

Mags dio un trago de su ginebra, el hielo crujiendo alegremente. *Otra importación de los Chance.*

—Verás, él cree que necesitas ser duro. Y es verdad, lo necesitas, no puedes inclinarte ni un palmo. Pero porque él no lo hace, yo puedo. Y porque tú no lo haces, él puede. ¿Lo entiendes?

—Estoy empezando a entenderlo —se dijo Brighid a sí misma.

—¿Esperabas que te dijera que lo necesitas? ¿Que es el único para ti, que deberías agarrarlo bien porque no puedes vivir sin él? —Mags rio, sirviéndole a Brighid otra ginebra—. He enterrado a dos maridos. Pensaba que no podía vivir sin el primero y el segundo me gustaba mucho más porque sabía que podía vivir sin él. — Estudió a Brighid desde el otro lado de la mesa arañada—. No le necesitas. Pero a lo mejor, solo a lo mejor, porque no le necesitas, podrías elegirle de todas formas. Porque disfrutas con él. Porque te hace mejor. Porque eres más que unas necesidades.

A Brighid no le gustaba que le trataran maternalmente, no sabía cómo responder, pero pensó que podría habituarse a ello si venía de Mags y Greta. Después de todo, la familia era quien tú escogías. Bebió de un trago y su vaso vacío produjo un sonido cristalino agradable cuando lo depositó en la mesa con firmeza.

—No le necesito. Pero le quiero. Y le tendré.

Greta rio.

—Claro que lo tendrás, cariño. —Empujó un sobre de papel delgado a las manos de Brighid. *La cadena que robé. El perista cumplió.* Brighid no sabía por qué se había preocupado, Greta también tenía amigos en los bajos fondos.



Sidney parecía estar listo para echar a Isaiah del bar de una patada. Llevaba allí media mañana y sabía que estaba asustando a los otros clientes.

—Escúpelo —se quejó su hermano. La sobriedad era una cosa, pero Sid todavía tenía que trabajar en su mal genio. Por otro lado, Sid le puso una taza de té de menta caliente delante. Amable, aunque posiblemente era simplemente práctico dadas las circunstancias.

—Creo que lo he estropeado todo —confesó Isaiah—. Le dije que quería cuidar de ella y a ella no le interesó.

—Sois perfectos el uno para el otro —dijo Sid con amargura—. Los dos cuidáis de todos los demás antes que de vosotros mismos, queramos o no. —Atravesó a su hermano con la mirada—. Si fueras la mitad de bueno contigo de lo que lo eres conmigo o con Gracie, no estarías para el arrastre.

»¿Quieres cuidar de ella o la quieres a ella? Porque a las mujeres les gusta que las quieran, amigo, incluso si van por ahí llevando pantalones.

—Dios, la quiero.

—Bien, pues dile eso. Elígela por ella, no por nosotros. No nos debes nada a nosotros —dijo Sid entre dientes—. Has sido más que bueno con nosotros. Tenemos todo lo que podríamos desear. Estoy seguro de que Gracie estaría de acuerdo. ¿Qué hay de lo que tú quieres?

¿Qué quiero yo? Esa era una pregunta que no se había hecho en casi una década y de repente la respuesta era una herrera descarada con un don para la tentación sexual.

—¿Crees que puedo conseguir que vuelva?

Sid sonrió.

—Siempre hay una oportunidad. Ahora serénate. Mañana es un gran día para ti.

Capítulo 14

Isaiah supervisó el traslado del último caballo a su box de carreras. Están todos.

—¿Va a venir tu señora también? —preguntó Boothby respetuosamente. Isaiah le miró sorprendido. Decirle algo a Mags era tan útil como poner un anuncio en el diario de la tarde, supuso.

—No quiere ser mi esposa.

—No nos importa si estáis casados o no, no somos quién para juzgar. Te hace feliz, Isaiah. Es una buena mujer, y es un buen muchacho, y nos gusta que esté por aquí. —Boothby le ofreció a Isaiah la petaca que llevaba atada a la cadera.

—Gracias Boothby —dijo Isaiah, tomando un buen trago del recipiente. Hoy quería whisky después de todo.

—Y estamos felices de que por fin alguien te esté montando —dijo Boothby con ironía. Isaiah escupió su trago de licor por todo el campo y se limpió la boca, maldiciendo.

—Pídele que venga —dijo Boothby—. Nos vendría bien esta semana. Los necesitamos a todos. Y no creo que te diga que no si se lo pides.

Isaiah le dio al hombre una palmada en la espalda y le devolvió la petaca. Boothby tenía razón. Se dirigió hacia su hermosa Belle, dejando que el humo fluyese tras él.

Se apartó de la forja mientras unas chispas brillantes salían del metal. El ruido y el clamor, la columna vertebral de Birmingham. Le daba escalofríos. Todavía podía oír la guerra en sus oídos. Nunca dejaría de oírla. Ella se volvió hacia él.

—¿Puedes venir a hablar conmigo? —preguntó. Ella le lanzó una mirada—. Solo hablar. —Ella asintió y le siguió a su oficina—. Va a ser duro para mí, visitar el hipódromo un día de carreras.

Puede haber gritos. Yo solo... tú haces tanto para calmarme... esperaba... —Se quedó callado.

—¿Eras sensible a los ruidos altos antes de la guerra? —preguntó con cuidado.

—Bueno, la verdad es que sí. No al escándalo de una multitud o al murmullo de una conversación o incluso al pistoletazo de salida. Pero los ruidos repetitivos...

—Así que puede que no sea porque fuiste un excavador de túneles después de todo.

El sonido de los excavadores enemigos, el ruido de las palas, amenazó con abrumarle. Y después estaba con Belle.

—Supongo que no. Debo de haber estado roto antes.

—Por mucho que me guste una buena metáfora, no eres un caballo. No eres asustadizo. No tienes por qué estar roto. Lo que necesitas es equilibrio. Y una armadura. Y te lo voy a dar.

Canturreó bajito, tarareando. Él pudo entender solamente un verso de la canción. «De entre todo el daño que he hecho, me lo he hecho solo a mí».

—Quítate los pantalones —ordenó.

Él obedeció al instante, un hormigueo tentador recorriéndole la espalda con el tono dominante de su voz. Ella acarició su nalga desnuda con el pulgar. Él gimió. Ella se puso de rodillas frente a él y él se abrió para ella entonces. Le besó. Le tomó en la boca y su pulgar presionó con fuerza el lugar plano tras sus testículos. Su visión se puso en blanco. Era como mirar directamente a la forja. Sus dedos se movieron a ciegas hacia el pelo claro de su nuca y ella avivó su entusiasmo.

—¿Nos estamos reconciliando?

—A lo mejor —murmuró—. Ahora respira para mí. —Introdujo el bulbo de cristal lubricado en su culo—. Lleva eso. Siente su peso. Concéntrate en él.

Él respiró una vez, y después otra. El peso firme era innegable. Su Belle era un maldito genio.

Le cogió de las manos y tiró de ella hasta que estuvo de pie.

—No estoy intentando herir tus sentimientos. ¿Has considerado alguna vez que puede que estés rechazando la tradición solo porque es tradición?

—No lo sé —respondió con suavidad.

—Yo sí —dijo—. No, lo sé. Me siento como si hubiera estado actuando. Presentando el personaje que ellos esperaban ver. El vecindario, mi familia... Contigo puedo apartarlo todo. No te estoy pidiendo que tú lo recojas. A lo mejor simplemente podemos... ser quiénes somos. A lo mejor aquí, rodeados de estas personas, estaremos a salvo. —La atrajo hacia sí.



Brigid le entendió entonces, por fin le entendió de verdad. Actuar de manera femenina había sido una lucha para ella. Ser el gran hombre de negocios le desgastaba.

—Quiero eso para ti. Quiero que puedas apartarlo —le dijo a su pecho. Él le levantó el mentón—. Veo cada parte de tu imagen y me gusta, la brusquedad, los abrigos a medida y la mandíbula perfectamente afeitada. Pero te quiero más porque veo la suavidad que hay debajo, el lado privado de Isaiah Chance.

—No quiero que me cuides como una mujer cuida a un marido, no si así no es cómo quieres demostrarlo. Me gustas tal como eres, tomando decisiones conmigo. A veces por mí. Confío en ti. Me pongo en tus manos. Tú puedes ponerte en las mías también, porque te quiero y te cuidaría, no porque una ley diga que debes hacerlo. Quiero que te unas a mi clan. Aquí cada uno prestamos nuestras habilidades.

—Si pudiera ser tu esposa y un herrero, y llevar pantalones, puede que podamos llegar a un acuerdo.

Él sonrió.

—No lo tendría de ninguna otra forma, chica descarada. —Alargo la mano para palmear su trasero—. Aunque si quisieras atormentarme un poco, puede que lo disfrute.

—Lo harás —dijo con seriedad. Le besó profundamente, y las lágrimas sobre sus mejillas se perdieron en el suave movimiento de las lenguas y la presión gentil de los labios.



El hipódromo estaba a rebosar. Tenía que ser un día que rompía records, para los Chance y para los corredores de apuestas trabajando en la carrera. Isaiah estaba tenso y se notaba. El compartimento del dueño era más silencioso que el resto de la pista, pero aun así estaba lleno de hombres de pelo graso a los que estrecharles la mano. Isaiah no estaba hablando con nadie. Belle le observó encender otro cigarrillo con el primero, aplastando después la colilla. La cajetilla golpeada era incongruente con su imagen. La cintura alta de sus pantalones destacaba sus caderas. La lana que llevaba era tan buena que podía haberla conseguido en White's gracias a la fuerza de sus pómulos aristocráticos y sus medidas infernales.

Allí estaba Belle con un traje de levita, tan preparada para un día de carreras como él aunque llevase un corte más viejo y cuadrado. Suponía que escondía su figura exuberante. Llevaba el pelo rubio casi blanco con la raya en medio y engominado hacia abajo. Parecía un soltero deseado. Parecía una doncella joven y lasciva.

Su chaleco estaba adornado con un reloj y una cadena. Él creía haberla perdido hacía años y allí estaba con ella, como muchas otras cosas que había dejado atrás. La ternura. La confianza.



Brigid se dirigió al compartimento del dueño, habiendo terminado finalmente el trabajo matutino de inspeccionar cascos y reemplazar herraduras. Había charlado con los mozos de cuadras, que eran todo delgadez y fuerza. Había unas cuantas caras familiares, algunas de ellas mujeres como ella. Isaiah era claramente tan justo como decía. Había tenido que contenerse para no correr mientras martilleaba herraduras para la carrera, de lo deseosa que había estado por ponerse su traje nuevo. Uno de los chicos de Isaiah lo había traído esa mañana y ella había sentido una chispa de reconocimiento. El modo en el que él le estaba mirando ahora, sentía como si le conociera hasta la suela de sus brillantes zapatos.

—Creo que estoy bastante elegante —dijo Brighid. Los ojos de Isaiah brillaron en respuesta. No, humearon, como el carbón recién apagado. Sus ojos eran casi translúcidos, de la plata más clara, pero tenían una mirada que contradecía a su boca.

—Estás exactamente cómo deberías estar —dijo. Ella se quedó de pie cerca de él, sus anchos hombros escondiéndola del resto del compartimento. Miraron hacia la pista justos. Una carrera más antes de la suya.

Tras ellos, el público gritaba, con sus apuestas en la balanza y la balanza inclinada por el whisky que fluía sin parar. Pero él estaba firme y la mano de ella agarró su culo, sujetándole a través de la lana. Haciendo que se centrara.

—Perdón —dijo, dejando sus manos quietas. Habían estado moviéndose contra sus flancos y había estado deshaciendo el borde de su bufanda. Ella sonrió y puso las manos de vuelta.

—Creo que eso te hace prestarme más atención, no menos —dijo. Él agarró sus caderas con fuerza y ella sintió una chispa de excitación con la presión de sus largos dedos. Si le quitaba el cuello podía presionar sus labios en su garganta y...

Boothby se aclaró la garganta audiblemente. Se separaron de un salto con culpabilidad, pero ahí estaba la mirada indiferente de Isaiah colocándose en un rostro que había estado previamente animado.

—Isaiah, tenemos un problema. —Brighid le apretó el brazo. Fuera lo que fuera, se enfrentarían a ello juntos.



—Has olvidado más cosas sobre caballos de las que yo he sabido nunca y eres más ligera que yo. No tenemos jinete. Sid no tiene el carácter y yo no tengo el corazón. Si no hacemos esto, lo habremos hecho todo para nada.

Si pensaba que a Belle le quedaban bien los pantalones, era porque nunca la había visto con las sedas de montar. Era perfecta, desde su gorra con visera hasta la punta de las botas. Llevaba seda de color albaricoque con una herradura verde en la espalda, hacia arriba para que no se le acabara la suerte. Su figura delgada estaba envuelta con cuidado pero no podían esconder sus labios rellenos.

—No necesitas ganar. Pero no llegues última y, por el amor de Dios, no te caigas. —Era un caballo castrado que había herrado ella misma, Charlieboy.

Montó, e Isaiah trató de no preocuparse. Belle era muy buena leyendo señales inconscientes, el lenguaje corporal y la tensión muscular, y los caballos y las personas no eran tan diferentes. Se acercó al puesto de salida. Una pelea empezó entre los corredores de apuestas. Oyó el silbido agudo de Mags e Isaiah se dio la vuelta a regañadientes. Era hora de terminar otra pelea.

Más tarde ese mismo día

Hemos perdido. Charlieboy había hecho una buena carrera y no había dejado que los caballos más grandes le apartaran, pero todavía era joven. *A lo mejor en la próxima carrera.* El corazón de Isaiah dio un vuelvo. No había perdido el hipódromo, solo una carrera y un poco de dinero. Podía haber sido peor. Chance Brothers Limited todavía tenía futuro. Isaiah no podía pensar en el futuro en ese momento. Belle había desaparecido después de la carrera. La había perdido en el hipódromo una vez y ahora se perdía entre la multitud con más facilidad. Ahora parecía que pertenecía. Isaiah caminó hacia su oficina afligido. Había perdido unos pocos miles de libras pero, peor aún, ¿la había perdido a ella para siempre?

Acababa de llegar a la entrada cuando Belle corrió a sus brazos, su corazón latiendo como el de un caballo de carreras.

—Hola, cariño —dijo, y le besó con fuerza.

—Cariño —dijo él en su boca, sobrecogido. Con la felicidad, casi no vio el caballo nuevo en el patio, un pura sangre. Era una yegua alazana con calcetines negros que ahora se volvió hacia él. Pero él conocía esa mirada suave. Se acercó despacio, como en un sueño.

—La reconocí por la fotografía sobre tu mesa. Es ella, ¿verdad? No he robado un caballo extraño.

—Es ella —Isaiah prácticamente se atragantó con las palabras—. Tiene un nombre de carreras, pero yo siempre la llamé Polly.

—Eso suena bien para que pase desapercibida. Le daré unas cuantas pistas sobre cómo hacerlo.

Isaiah se tropezó, agarrándose a Belle para mantenerse en pie. No estaba seguro de a quién estaba más sorprendido de ver.

—¿Cómo has...?

—Le pinté los pies con carbón de lámpara y salí con ella, directamente a la calle. No nos dimos prisa, no llamamos la atención. Simplemente caminamos y las calles se abrieron para nosotras. —La yegua olisqueó la gorra de Isaiah—. Creo que te ha echado de menos.

John Adrian se había quedado esta yegua hacía más de una década. Y si la yegua se apartó de su mano en un primer momento, se volvió hacia ella rápidamente. Estarían bien

—Sabes —dijo Belle—, creo que un pura sangre campeón puede valer lo que sea que los chicos de John Adrian han conseguido quitarte.

—Para mí, desde luego.

—Por supuesto —dijo Belle—. Sin Polly aquí presente, no hubieras conocido a tu esposa.

En todo Birmingham, nadie tenía más suerte que la gente de Cheapside y el clan Chance cuando se trataba de un final feliz.

Epílogo

Seis meses después

Una reunión bastante informal de Chance Brothers Limited estaba teniendo lugar. Brighid «Belle» Chance estaba leyendo el horario de carreras en el periódico, presumiblemente para su padre, pero era Isaiah quien colgaba de cada palabra. No hacía más que dejar caer mantequilla y migas de tostada sobre el periódico, su bata de terciopelo y la mesa, pero Isaiah había aflojado el control sobre su espacio desde que Belle y su padre Mark se habían mudado con él. Era una lectora dramática. Sid tuvo que rescatar el bote de mermelada de sus codos errantes.

—¿Estamos preparados para la próxima carrera de Jenny?
—preguntó a su familia.

Belle le dirigió una media sonrisa con los ojos brillantes.

—Por mucho que quiera correr con ella, Isaiah, no le estoy haciendo ningún favor. Soy demasiado pesada para ella. Soy más ligera que tú, sí, pero soy una mujer sólida. Está haciendo lo mejor que puede para mí pero yo no soy lo mejor para ella. —Sid y Mark asintieron.

—¡Estoy de acuerdo! —gritó Mags desde su lugar en los fogones.

Isaiah se estiró, recostándose en una bata similar a la de su esposa.

—Dime, Gracie —dijo Isaiah con estudiada informalidad—. ¿Te gustaría correr con Jenny en el hipódromo de Newmarket el mes que viene?

Gracie gritó y se lanzó sobre Isaiah. Él y Belle compartieron una mirada que dijo muchísimo mientras la familia irrumpía en un

clamor excitado. Podría mirarla para siempre, a su mujer, brillando como el sol con su cabello corto enmarcando su bonito cuello. Ambos tenían todo lo que querían, y ninguno tenía que hacerse pasar por lo que no eran, no aquí entre su familia.

Libros de este autor

[Worth the Wait \(ingles\)](#)

1879 Paris is a wonderland to Diane Penrose, sheltered youngest daughter of the Baron de St. Aubrey. The heart of Victorian fashion is full of intrigue, but perhaps most intriguing is Marguerite, a quiet seamstress with deft hands. A short, sweet lesbian romance with first love.

[Budding Romance \(ingles\)](#)

Budding romance between a sweet-talking gardener and a spinster headmistress blooms to full flower in this steamy lesbian romance.

On the cusp of the 20th century, France is where libertines indulge poetic desires. Dorothea has fled the structure of dreary old England for a place in the sun. She's opening a school for elegant young ladies, but it's an experienced lady gardener who has caught her eye. Madame Laurent works with her hands, but it's her words that cultivate Dorothea's fallow heart.